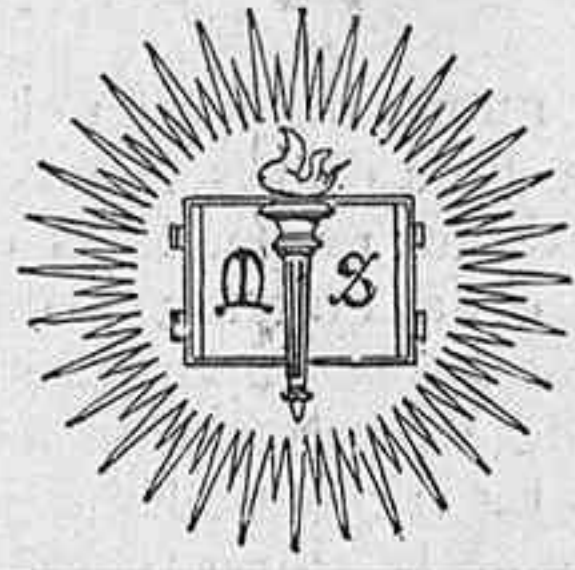


La Ilustración



Artística

AÑO XVII

BARCELONA 19 DE SEPTIEMBRE DE 1898

NÚM. 873



SANGRE JOVEN, escultura de Victor Tilgner

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea. Elocuencia política*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pablo Sarasate*, por Kasabal. — *La reina Guillermina de Holanda*, por X. — *Dos almas*, por José de Cuéllar. — *Nuestros grabados. — Problema de ajedrez. — Mentira sublime*, novela (continuación). — SECCIÓN CIENTÍFICA. — *El nuevo puente sobre el Niágara*, por X. — *El telescopio monstruo en la Exposición de 1900*, por L. Barré. — *La desinfección pública en París. — Nueva forma de coches para tranvías eléctricos. — Nubes artificiales.* — Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

Grabados.— *Sangre joven*, escultura de Víctor Tilgner. — *Pablo Sarasate. — Guillermina Elena Paulina María, reina de Holanda. — Carroza de gala regalada á la reina Guillermina de Holanda por la municipalidad de Amsterdam con motivo de su coronación. — Vendedores de bustos de la reina Guillermina de Holanda en las calles de Amsterdam. — En los muelles de Barcelona*, dibujo del natural de V. Buil. — *Isla de Cuba. El cañonero «Antonio López» antiguo remolcador de la Compañía Transatlántica. — Habana. Llegada del capitán general D. Ramón Blanco al Parlamento insular para la apertura de las Cámaras. — En las lagunas venecianas*, cuadro de José Vizzotto Alberti. — *El catecismo*, cuadro de Muenier. — *M. Cavaignac*, ministro de la Guerra francés dimisionario. — *El general Zurlinden*, nuevo ministro de la Guerra francés. — *El general guatemalteco D. Calixto Mendizábal. — Malietoa*, rey de las islas Samoa. — Figs. 1 y 2. El nuevo puente sobre el Niágara. — Nueva forma de coches para tranvías eléctricos. — *La Soledad*, escultura de Rafael Atché.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ELOCUCENCIA POLÍTICA

Ahora que se han abierto otra vez las Cortes y en ellas debería estar fija la atención de la nación entera, colgada de los labios de sus representantes, si ellos se pusiesen á la altura de las circunstancias, me parece favorable ocasión de decir el efecto que me produjeron los que merecen el calificativo de grandes oradores parlamentarios. Está en moda, ya lo sé, renegar de la oratoria y atribuir á ella (como otros los atribuyen á las corridas de toros) los males de la patria; se maldice de la palabra, se maldice de los discursos, se condena un arte, como si los muchos políticos que en las Cortes españolas hacen el papel de *bueyes mudos* pudiesen aducir mayores títulos á la gratitud de los españoles que los oradores, los cuales, al fin y al cabo, por más que lo intenten si así conviene á sus fines políticos, no pueden ocultar del todo la verdad, ni evitar que salga á luz en las controversias apasionadas y en los empeñados debates. Yo sostengo que los oradores serían muy útiles si el público que asiste á las tribunas fuese más numeroso, más ilustrado en conjunto, más reflexivo y más capaz de sacar consecuencias de lo que oye. El nivel de los oradores es, sin género de duda, superior al del auditorio.

* *

Todos saben que el más excelso de nuestros oradores guarda silencio desde hace años. No hay, pues, para qué repetir aquí lo que fué Emilio Castelar en la tribuna. Las generaciones nuevas, que no le han alcanzado, tendrán por legendarios los pormenores de un arte supremo sólo comparable al de Demóstenes; y no digo al de Cicerón, porque la oratoria ciceroniana era oratoria de leguleyo, y siempre se le conoció al acusador de Catilina que en los primeros años de su vida civil había sido abogado y no político. Desde que se retiró de la arena Castelar, falta en las Cortes españolas un género entero: el del gran discurso, grande no por la extensión ni por la duración, sino por el vuelo y el sentido general, comprensivo y amplísimo: el discurso que equivale á un *sursum corda*. Los ideales humanos, la magnificencia de las perspectivas históricas, inspiraban esos discursos inolvidables, y determinaban un oleaje de ideas y de sentimientos que ya no suele producirse en las Cámaras sino por caso rarísimo.

El talento de Castelar estaba en perfecta armonía con las cuestiones que se agitaban en su época. Hoy la política sigue rumbos diferentes. No son tanto los problemas del orden especulativo como los utilitarios los que se imponen á la atención de los oradores y los que van interesando también al público. El bien general, la conveniencia, el progreso material, el porvenir económico de la nación, si no constituyen todavía un *fin* para nuestros gobernantes, son ya

un arma poderosa, un resorte en el cual se apoyan ó quieren apoyarse. Si hablan hoy de tolerancia, de libertad de conciencia, de sufragio, no cautivarán la atención como hablando de la deuda ó de las alianzas internacionales.

* *

Esta dirección nueva influye en el carácter de la oratoria. No es la hora de los líricos y de los idealistas; es la hora de los razonadores y de los realistas. Se empieza á echar cuentas, á sumar, á restar, y vamos alejándonos á todo vapor de aquel tiempo en que un discurso de hacienda dejaba desierto el salón y desalojadas las tribunas. El mejor discurso de Romero Robledo, en la última temporada, sobre hacienda versó.

Y ya que incidentalmente he nombrado á Romero Robledo, por él empezaré. Su campaña de franca oposición ha sido tal vez la obra maestra de su larga y animada carrera política. Sus cuatro discursos, sin hablar de las rectificaciones é incisivos, pueden ponerse por modelos de habilidad, de originalidad, de cortesía en la forma, de intención y sabrosa malicia en el fondo. De Romero cabe decir que adivina lo que no sabe; habla de hacienda, de fortificación, como un libro, y sin alardes pedantescos de ciencia, revela en sus observaciones, casi siempre atinadas y muchas veces atinadísimas, esa luz del buen sentido y de la rápida comprensión del meridional, que se comunica y persuade sin esfuerzo. La forma, en Romero, es fácil, espontánea, selecta sin estudio, nunca chabacana ni vulgar; la frase, corriente y sencilla, pero decorosa y bella; la gracia, señoril y pulcra; la entonación, simpática y justa; ya vibrante, ya contenida; ora apasionada, ora dulce y atractiva por su aparente ingenuidad y modestia. La retórica de Romero no puede aprenderse ni enseñarse; es expresión de un temperamento. La voz tiene tonos gratos, plateados, y el ligero y fino ceceo andaluz no oscurece la pronunciación. No sé lo que sería Romero cuando el bisturí del doctor alemán no había tocado á su rostro; sé que hoy, después de sufrimientos tan horribles, es un orador que no cede á ninguno. Las profundas y acaso incontrastables corrientes adversas á Romero no han podido impedir que, al día siguiente de sus magistrales oraciones, la prensa entera le saludase y aclamase.

* *

Si queremos encontrar en otro orador el más perfecto contraste con Romero, tenemos que nombrar á D. Nicolás Salmerón. He oído repetir que á Romero, como le dejen hablar, no le ahorcan; y que á Salmerón, por el contrario, y con ser grandísimo, admirable orador, si habla le ahorcan más pronto. Y consiste en que su oratoria es dura, bronceada, inflexible — su estilo de una austeridad dórica, su acento condenatorio y sus calificativos raspantes como el papel de lija. — Acaso contribuya á este carácter de la elocuencia salmeroniana — por lo menos en las Cortes — la manifiesta hostilidad con que se le ve levantarse. La mayoría liberal y la compacta minoría silvelista demostraron, en las sesiones á que yo asistí, poquísima ó ninguna urbanidad con Salmerón. Desde el pataleo hasta la invectiva y el insulto, han puesto en juego todos los recursos para ahogar su palabra. Confieso que llegó á impacientarme muchas veces esta descortesía. Yo deseaba escuchar; Salmerón tiene autoridad sobrada para ser escuchado; tiene además facultades notables, un metal de voz grave, timbrado, extenso; una dicción severa, poco adornada, pero enérgica y musculosa; y el que le oye desapasionadamente y sin consignas, ha de reconocer, no sólo las dotes del orador, sino las del dialéctico y del lógico. Los que más distanciados nos encontramos de Salmerón por las ideas, le oímos, sin embargo, con interés, y estamos en el deber de prestarle atención. No lo ha creído así la Cámara, y cada discurso de Salmerón fué una escandalería.

* *

El otro extremo de la oposición lo representa Mella Fanjul, el Macabeo carlista. Aunque las mayorías-minorías también se creyeron en el caso de cubrir con murmullos la voz de Mella, sobre todo cuando lanzó una cita bíblica muy discutida y comentada, se veía que no lo hacían con saña, y es que Mella no se parece á Salmerón; no irrita, no exaspera, no dice cosas amargas, ó las dice de otro modo. Distingue á Mella, más que la trabazón y fuerza de los argumentos, la frescura, número, afluencia y relieve del período; es además en extremo feliz, oportuno y chistoso en comparaciones, observaciones y

descripciones. Cuando prescinde de la tradicional retórica del partido; cuando no combate con los molinos de viento, sino con gente de carne y hueso, su elocuencia gana muchos quilates. Hay en su estilo bondad, donosura y juventud. Lástima que esfuerce demasiado la voz, que hable demasiado aprisa y que derroche laringe, descuido que siempre paga caro, á la larga ó á la corta, el orador.

* *

Canalejas, por el contrario, en el único discurso que le oí, sabe emplear y repartir perfectamente sus caudales de voz, de gesto, de palabra. Parecióme tan hermoso discurso un modelo de equilibrio, y sin duda era todo menos improvisado. El gran efecto que produjo se derivaba de lo calculado y medido de cada párrafo y de su enlace con el anterior y su acción sobre el siguiente. Si quisiese expresar mi idea con una imagen, diría que el discurso de Canalejas recordaba cierta figura defensiva usada entre los griegos y romanos y que se llamaba *el testudo ó la tortuga*: hacíase elevando los escudos sobre la cabeza y las primeras filas ante el pecho, de modo que formasen un todo compacto, una caparazón, que burlaba las flechas y las espadas. ¡Ay de la *tortuga*, sin embargo, si lograba el enemigo introducir en alguna junta el arma! Desplazado un escudo, desbaratábase todo el artificio. Así estuvo á pique de sucederle á Canalejas con una pregunta impensada de Linares Rivas, que, sin pronunciar discurso alguno, sostuvo bien su papel de jefe de grupo por medio de breves interpelaciones.

* *

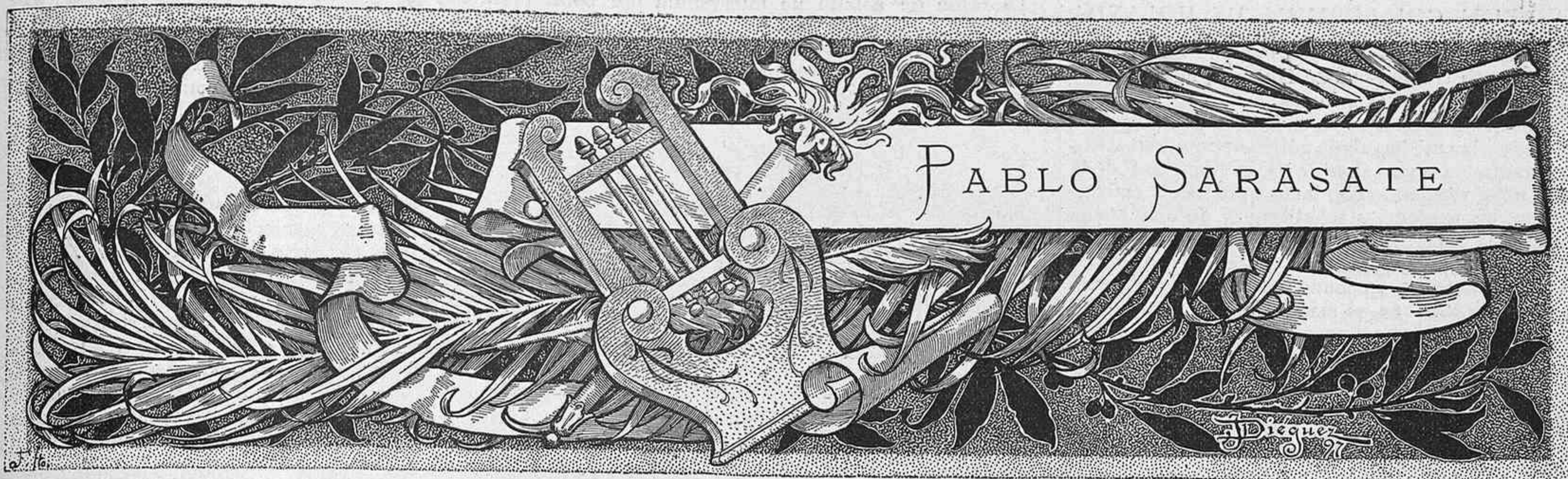
Ya sé que no está de moda alabar á Moret, pero yo he dado asilo en un rincón de mi estudio á la sinceridad cuando esta pobrecilla iba á ser apedreada, y no puedo menos de declarar que lo que repite el vulgo acerca de la oratoria de Moret, todo eso de las pompas de jabón, de los cohetes de lucería, de los trinos de canario y las flores de trapo, etcétera, es uno de tantos errores comunes que nos evitan á los españoles la fatiga de pensar y de analizar y el trabajo de aplaudir. El discurso magno, que podemos llamar apologetico, de Moret, se distinguió precisamente por sus acentos viriles, por su elegancia noble y su fuerza patética; hubo momentos en que adquirió el interés vehemente de un drama. El sentimiento caldeaba los párrafos, pero el buen gusto y el aticismo lo reprimían: el orador arrastraba y movía al auditorio, sabiendo permanecer dueño de sus emociones; dominándolas, aunque no quería ocultarlas, al contrario. La voz de Moret es magnífica, rica en matices, manejada con arte sumo; su estilo, ameno, vario, levantado, á veces poético, pero no recargado, no pomposo; su acción, sobria y adecuada. No habría injusticia mayor que regatearle á este hombre el lauro de orador insigne.

* *

A D. Francisco Silvela le había oído antes de estas Cortes y en ocasión solemne: el día en que consumó su ruptura con D. Antonio Cánovas. Causóme impresión que nunca olvidaré aquella sesión terrible, lucha de león y toro, en que suspendíamos el aliento para no perder sílaba. Al escuchar otra vez á Silvela, vi confirmado mi juicio de la primera hora: el efecto de su oratoria, lejos de desvanecerse en el aire, es más seguro al contrastarlo la reflexión. Habla en especial para la inteligencia, no para la fantasía ni para el sentimiento; habla también para el ingenio; sus chistes, sus donaires, son al agua fuerte: su distinción es seria, su estilo calza guante blanco, y debajo lleva guantelete de hierro; su dicción clásica, pura, deleita á los que no hemos perdido la afición á los modelos del habla castellana. El sabor intelectual, de alta cultura, de la oratoria de Silvela se reconoce en que, cuando explica un concepto ó un vocablo, los refuerza en vez de atenuarlos, indicio de que el pensamiento va todavía más allá que su expresión verbal, y que ésta tiene un contenido, por decirlo así, inagotable.

Mucho diría aún de Silvela, pero no cabe en el espacio de esta crónica. Y cuenta que en ella no he citado á Pidal, por retraído y ausente; á Sagasta, por acatarrado y huído; á Pi y Margall, porque el Gobierno le dejó sin distrito, en castigo tal vez de haber previsto y anunciado completamente todo lo que nos ha sucedido en las colonias, por lo cual pasó plaza de mal español entonces y se ha quedado fuera del Congreso ahora, cuando podría disfrutar del desagravio.

EMILIA PARDO BAZÁN



PABLO SARASATE

Todos los años, cuando las golondrinas vienen en alegres bandadas á buscar sus antiguos nidos entre las labores góticas de las torres del antiguo templo de San Jerónimo y en los aleros del tejado del Museo de Pinturas, llega también á Madrid un querido huésped que en una caja pequeña como el ataúd de un niño trae un torrente de seductoras armonías.

La primavera se presenta entonces en la capital de España con todos sus encantos: se cubren de hojas los árboles, elevan sus conos de florecillas blancas los castaños de Indias, luce su espléndida púrpura el árbol del amor, se adornan con guirnalda encantadoras los almendros, y una tarde, de día de fiesta por regla general, el huésped recién llegado abre su misteriosa caja delante del público congregado en el teatro del Príncipe Alfonso, y sacando de ella un *stradivarius*, le apoya cariñosamente en su pecho, le acaricia amorosamente con las cuerdas del arco, y al corazón del público embelesado llegan las más conmovedoras armonías.

El huésped, ya lo habrá adivinado el lector, es Sarasate, el gran violinista, una de las glorias nacionales de que podemos enorgullecernos y uno de los españoles más conocidos y celebrados al otro lado de las fronteras.

En París, en Londres, en Viena, en San Petersburgo, en todas las capitales del mundo culto le aplauden, le miman, le hacen ganar grandes sumas; pero á pesar de estos agasajos no ha descuidado un solo momento su amor á España, su cariño entrañable á la tierra donde nació, y aunque sea larga la distancia que tiene que recorrer y aunque le cause perjuicios en sus intereses el no aceptar contrata, no deja una sola primavera de venir á Madrid, ni un solo verano de ir á Pamplona á celebrar con sus paisanos las fiestas renombradas de San Fermín, el patrón glorioso de Navarra.

Porque este artista inspiradísimo, este hombre cosmopolita es ante todo y sobre todo navarro, sintiéndose orgulloso de haber venido al mundo en aquella heroica región española, cuna del insigne maestro D. Hilarión Eslava y del malogrado é inolvidable tenor Julián Gayarre.

El padre de Sarasate era el músico mayor del regimiento de Aragón que se hallaba de guarnición en Pamplona, cuando el que había de ser tan eminente artista nació en aquella ciudad el año 1844.

Ya han pasado más de cincuenta años, y no es por lo tanto extraño que en aquella espléndida y enortijada cabellera, que fué una de las galas de Sarasate, haya ya más pelos de color de plata que del color de la endrina; pues ya se sabe que el tiempo se complace mucho en convertir en blanco lo negro, por más que no pocas veces nos hace ver negro lo que era blanco.

Lo que no han podido los años es apagar el fuego de su alma de artista, ni disminuir el genio que comenzó á mostrarse cuando era todavía muy niño el hijo del músico mayor del regimiento de Aragón.

Pasó éste de guarnición desde Pamplona á Santiago de Galicia, y estaba de primer organista en la catedral compostelana D. José Curtier, que tocaba admirablemente el violín. Este fué el primer maestro de Sarasate, y tan excelentes condiciones demostró

el discípulo en el manejo del delicado instrumento, que los oficiales del regimiento á que pertenecía su padre, orgullosos de la notabilidad que miraban como cosa suya, no perdieron ocasión de llevarle á la Coruña para que le oyesen en las casas más aristocráticas de la capital gallega y hasta para que tomase parte en públicos conciertos.

En Coruña oyó tocar el violín al aventajado niño una dama ilustre por el nombre que le había dejado su difunto esposo, uno de los generales más notables de la guerra de la Independencia y de la primera guerra civil, y más ilustre aún por sus virtudes y ta-

mento divino. Viajó por algunas provincias, se dió á conocer en San Sebastián y en Bayona, y su mérito y su fama hicieron que la Diputación Provincial de Pamplona le pensionase para estudiar en el extranjero. Marchó entonces á París primero, á Italia y Alemania después, estudió con los más celebrados maestros, formó parte de notabilísimas orquestas, y ha llegado á hacerse uno de los genios musicales de nuestros días, componiendo y ejecutando en el violín trozos sublimes de inspiración y de armonía y despertando el entusiasmo de los públicos más inteligentes, que le aclaman y le admiran, reconociendo todos que no se puede llegar con el violín más allá de donde ha llegado Sarasate.

En Londres no hay *season* completa si no va allí nuestro ilustre compatriota á dar algunos conciertos. La reina Victoria y el príncipe de Gales le distinguen mucho; es popular entre la aristocracia y los artistas de Alemania y de Rusia, y en libras esterlinas, rublos y marcos le pagan á manos llenas sus divinas y sublimes notas.

Si el artista es eminente en sumo grado, el hombre es bueno y sencillo como un niño, poseyendo un corazón de oro y un alma noble y generosa. Ni los aplausos, ni las coronas, ni las riquezas le han desvanecido, y en el fondo es siempre un buen navarro que no encuentra mayor placer que el de jugar una partida de *mus* con amigos cariñosos.

En Madrid se hospeda siempre en casa de Lhardy, pues aunque el primero de los *restaurants* madrileños no es una fonda, por tradición y cariño se hace allí una excepción en favor de amigos tan antiguos de la casa como el célebre capitalista cubano D. Manuel Calvo, ó de artistas como Mariano Benlliure y Pablo Sarasate.

Sarasate viaja siempre con su violín, un *stradivarius* de los más legítimos y auténticos. Tiene varios, pero entre todos hay siempre un favorito, al que cuida como la madre más amante puede cuidar al hijo de su amor y de sus entrañas. En ferrocarril le lleva siempre sobre sus rodillas, al llegar á las estaciones no consiente que manos mercenarias le toquen, y ocupa el lugar de preferencia en su aposento.

Sólo él le limpia y le cuida, y cuando le saca del estuche, recuerda al sacerdote que coge la Custodia del Sagrario para mostrarla á los fieles en el acto solemne de la *Reserva*.

Y hace bien, porque el violín que él maneja tiene algo de divino y es una gloria de esta pobre España que tanto sufre en estos crueles momentos. Cuando él pasa el arco por las cuerdas interpretando alguna de las más sublimes creaciones musicales, es el eco del genio artístico; pero cuando ante el público que le aplaude y le aclama en Madrid ó desde el balcón del Ayuntamiento de Pamplona toca la *jota*, es el alma inmortal de la patria lo que allí se eleva, como se elevó en el concierto que dió no hace muchos años bajo el árbol sagrado de Guernica.

Hemos perdido mucho en estos tiempos, han decaído, ¿por qué ocultarlo, si es una verdad aunque sea muy triste?, los prestigios militares que nos hicieron tan grandes en el pasado, ya no queda casi nada de nuestro extenso imperio colonial, pero nos resta como consuelo que brilla espléndida la gloria de artistas españoles tan insignes como Pablo Sarasate.



PABLO SARASATE

lento, la condesa de Espoz y Mina. La noble y respetable dama, después de haber desempeñado de un modo admirable las delicadas funciones de aya de la reina doña Isabel II y de su hermana la infanta doña Luisa Fernanda mientras fueron niñas, se había retirado á Coruña, conservando las aficiones artísticas que en el Palacio Real de Madrid había desarrollado la encantadora reina que vino de Italia á traer á España auras de libertad y de cultura.

La condesa de Espoz y Mina fué la primera protectora de Sarasate, que le mandó pensionado á Madrid para que estudiase en el Conservatorio fundado por doña María Cristina. Aquí fué discípulo de don Manuel Rodríguez; la reina madre le oyó en unos conciertos que se celebraron en el Palacio Real de Aranjuez, y Martinito Sarasate, como se le llamaba entonces, porque su nombre de pila es Martín, tuvo ya una nueva protección para seguir su carrera, aprendiendo todo lo que le podían enseñar en Madrid. El niño navarro que había venido de Galicia se había hecho ya un joven, y cada vez demostraba más genio y más disposiciones en el manejo del violín, que en sus manos se transformaba en un instru-

LA REINA GUILLERMINA DE HOLANDA

El día 31 de agosto último cumplió diez y ocho años la reina Guillermina de Holanda, hija única de Guillermo III y de la princesa Emma de Waldeck. Al morir su padre en 1890, encargóse de la regencia su madre, la cual ha sabido gobernar con gran talento durante los ocho años de la menor edad de la reina niña, venciendo con tacto y prudencia extraordinarios las tendencias republicanas de una buena parte de la población holandesa.

El pueblo holandés siente verdadero cariño por su joven soberana, y cuando en Holanda se habla de *Ons Wilhelminje*, el más furibundo republicano se siente realista: aquel pueblo se muestra orgulloso de la reina niña y la considera como hija propia á la que ha criado, educado y protegido con su amor y con sus cuidados solícitos.

Guillermina ha recibido, bajo la dirección de su madre, una educación tan completa como esmerada y ha demostrado, desde sus primeros años, todo un carácter; por esto dicen los holandeses con orgullo: «Nuestra reina es un Orange en toda la extensión de la palabra,» con lo cual indican que tiene fuerza de voluntad y firmeza, y que está adornada de todas las virtudes. Y en efecto, cuéntanse de la joven soberana una porción de anécdotas que demuestran la exactitud de este juicio.

Físicamente, Guillermina está dotada de gran belleza y de hermosa figura: su frente es espaciosa, sus ojos azules tienen una expresión dulce é inteligente y en su linda boca asómanse generalmente amables sonrisas.

Hasta el día de su coronación, Guillermina ha vivido en el mismo palacio que su madre; pero después de aquella ceremonia reside en palacio propio y tiene, como es natural, su propia corte. La residencia oficial de los soberanos holandeses es La Haya; pero Guillermina prefiere á ella y al palacio de Amsterdam, en el cual siguiendo una antigua costumbre pasa cinco días cada año, los sitios reales, entre los que descuella el de Het Loo, junto á Apeldoorn, en una de las más pintorescas comarcas de Holanda.

Las fiestas de la coronación han sido magníficas y el entusiasmo con que en todas partes ha acogido el pueblo á su soberana y á la reina madre ha excedido á toda ponderación. El día 5 llegaron las reales personas á Amsterdam, y al día siguiente verificóse en la Nieuwe Kerk la ceremonia de prestar juramento y ser coronada la joven reina, quien se dirigió al templo en la magnífica carroza que le ha regalado la municipalidad y cuyo valor es de un millón de florines. Guillermina, sentada en el trono, pronunció un breve discurso expresando su amor á su país y su voluntad de mantener poderoso y próspero el imperio holandés; levantóse luego, y extendiendo la mano derecha presió con voz clara y firme el juramento que prescribe la Constitución. La ceremonia terminó con la declaración hecha por el presidente de los Estados Generales de quedar reconocida la reina y con el juramento de cada uno de los individuos del Parlamento.

A los festejos oficiales celebrados en Amsterdam y en La Haya se ha asociado la nación en masa, desde las más humildes aldeas hasta las poblaciones de relativa importancia: en todas partes se ha conmemorado la mayor edad de Guillermina con arcos de triunfo, colgaduras en los edificios públicos y particulares, fuegos artificiales y sobre todo con los cortejos históricos á que tan aficionados se muestran los holandeses, y en los cuales pobres y ricos se confunden para reproducir las glorias nacionales de los pasados tiempos.

Coronada la reina, la cuestión que ahora preocupa á sus súbditos y á su gobierno es la de su matrimonio. Háblase ya de varios pretendientes á la mano de la bella Guillermina, entre ellos de algunos príncipes alemanes; pero la soberana, dando prueba de la firmeza de su carácter, ha declarado que sólo se casará con quien ella misma escoja siguiendo los impulsos de su corazón. «No quiero que me casen — ha dicho en varias ocasiones, — sino que quiero casarme.»

La razón de Estado no intervendrá por consiguiente en este acto tan trascendental de la vida de la joven soberana, en lo cual ésta ganará indudablemente mucho y su pueblo no perderá seguramente nada. — X.

DOS ALMAS

Más que amor, lo que el pobre Fernández sentía por aquella mujer era una verdadera idolatría. Pero en aquella adoración que á Julia prestaba, entraba por mucho, como en todas las adoraciones, el miedo. Fernández temía, más, se aterraba con sólo pensar que podía muy bien suceder que ella se cansase de la vida de privaciones, mejor de miserias, que á su

fórmulas curialescas, no cabía el amor grande y desinteresado, el amor verdadero, que lleva consigo el sacrificio por la cosa amada. Para Fernández la firmeza de la unión entre dos almas la determinaba el número de pliegos que en el contrato matrimonial llenaba la relación de fincas dotales. Amaba ciegamente á Julia y el temor de perderla anublaba todos los goces de la posesión sosegada y tranquila.

Desde que naciera, la fatalidad de su suerte impía habíale sumido en la vulgaridad más absoluta, y sin fuerza de voluntad suficiente para romper sus cadenas de esclavo, sin darse claramente siquiera cuenta de su situación, Fernández sentía un desprecio infinito de sí mismo, sin saber por qué, sin encontrar la explicación de ello, acaso y sin acaso sin pretender buscarla. La melancolía de su vida triste y monótona, la placidez desesperante de su pasado sin accidentes, árido como un desierto, en que su memoria no podía encontrar nada digno de una lágrima, ni de una sonrisa, le abrumaba. Todos sus días habían sido iguales. Su vida entera era una larga línea recta que se perdía en los horizontes lejanos de su infancia. En su propio pensamiento, en aquel cerebro rebelde á la mediocidad en que se deslizaba su existencia, notaba á veces el mismo defecto. Parecía como que en él hasta el espíritu estaba tirado á cordel, como las calles de las poblaciones modernas.

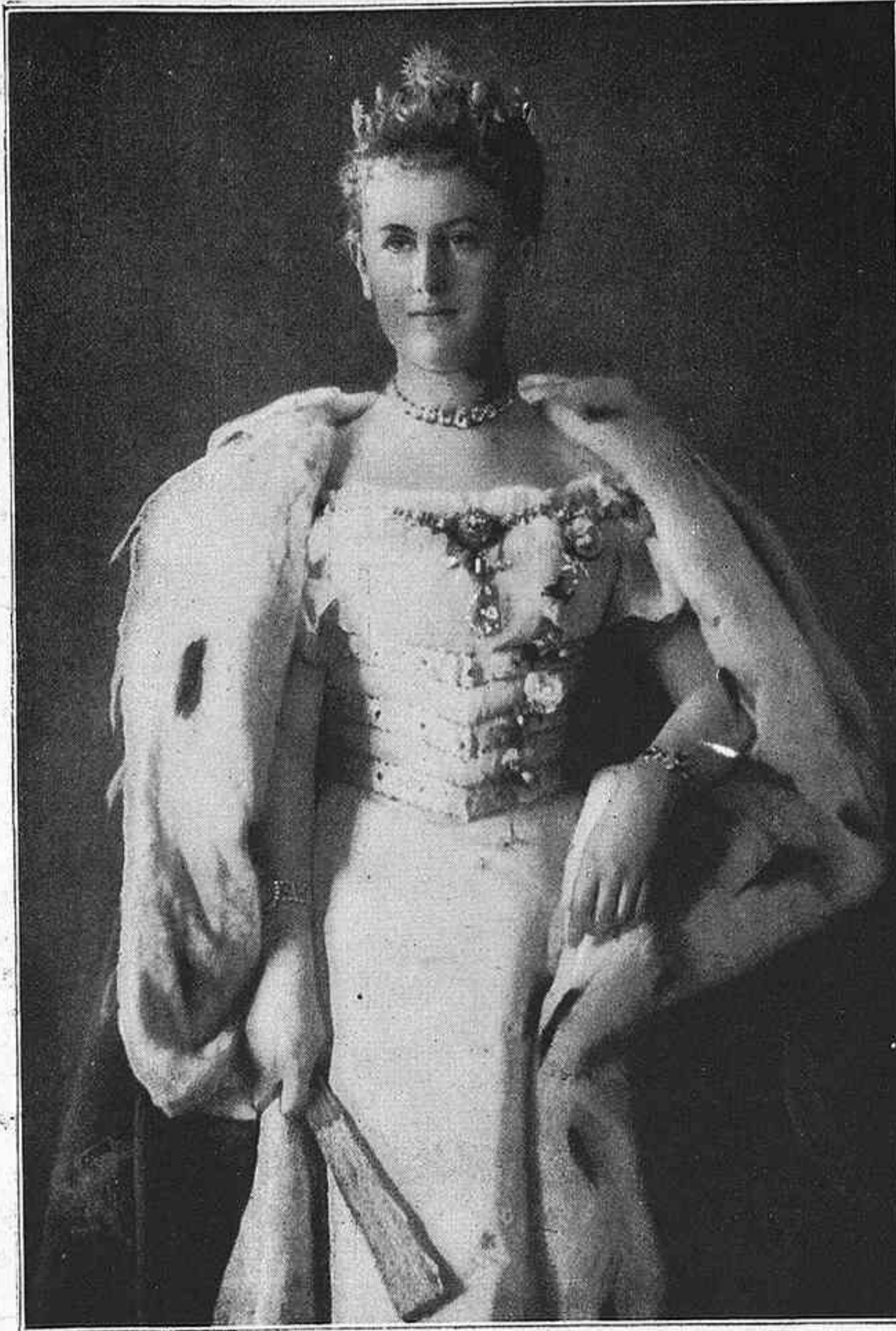
Algunas veces aquella voz interior, aquella íntima protesta que contra él se levantaba en el fondo de su espíritu, le habían hecho pensar en grandes cosas que había que hacer para ser alguien en el mundo, pero sin determinarse á pensar qué cosas fueran aquellas que precisaban acometerse para conseguir los altos fines que ambicionaba. En aquellos momentos sentía como si su espíritu se llenase de una gran luz, pero tan potente y deslumbradora que le cegaba. Allí, detrás de aquel vivo incendio, debían estar las grandes cosas anheladas; pero la miopía de su alma no alcanzaba á vislumbrarlas siquiera.

No se comprende cómo Julia llegó á aficionarsele. Y aun más incomprensible es por qué maravilloso y extraordinario esfuerzo de su voluntad pudo Fernández llegar á manifestar su amor á su adorada. El cansancio de la agitación de su vida, la necesidad de descanso, y más que todo la satisfacción de verse amada de un modo... respetuoso, para ella desconocido, hizo más sin duda en favor de Fernández que toda la muda elocuencia de su amor contemplativo y sumiso. La vulgaridad desesperante de su vida sin emociones ni azares, que tanto le apenaba á él, tenía por fuerza que constituir un supremo goce, que llevar una honda poesía para ella que había vivido siempre

entre borrascas y tempestades. La calma de la existencia metódica y económica del empleado, podía muy bien, por desconocido, ser el ideal de una mujer que en medio de los oropeles de sus opulencias fugitivas había envidiado con harta frecuencia á las humildes mujeres de los obreros que en plena calle compartían amorosamente el cocido mísero, ganado con exposición de la vida en lo alto de un andamio inseguro.

Falta de sentido moral por defectos de educación, su imaginación despierta y soñadora, que había suplido á la inteligencia perezosa, la había perdido en los albores de su pubertad. Y si las miserias y vergüenzas de su vida pasada habían encontrado en aquella preciosa y loca cabecita poesía y encanto infinito, no tenía nada de sobrenatural ni milagroso que las dulzuras del hogar, abultadas por la ilusión y por la melancolía atrayente de los recuerdos lejanos, le hubieran hecho aceptar aquella situación. Mas como la cabeza de una mujer bonita, y más si es soñadora, necesitaba un ideal y un nuevo amor cada minuto, Fernández, á pesar de no ser muy profundo psicólogo, comprendía que su felicidad no podía durar, porque eran sus cimientos tan deleznales como el humo.

Julia no se quejaba. Soportaba aquella miseria disfrazada con resignación, sin protesta, como un mal inevitable, sin intentar alegrar la vida de su amante, como el pájaro que aun en la estrecha prisión canta, pero sin abrumarle, sin acongojarle tampoco con el



GUILLERMINA ELENA PAULINA MARÍA, reina de Holanda. Nació en 31 de agosto de 1880, subió al trono en 23 de noviembre de 1890 y ha sido coronada en 6 de septiembre de 1898.

lado llevaba, y se fuera un día y le dejara solo en medio del mundo. Empleado de ínfima clase en una notaría, Fernández, que era poeta á su modo y que sentía *su arte*, el arte de llenar pliegos y más pliegos de letra ilegible, tenía idea muy mezquina de su propia personalidad. No comprendía que Julia pudiese, siendo tan hermosa, amarle á él, á él solo, que se sentía tan pequeño, tan insignificante entre todos, que era algo menos que una molécula, que un átomo, que era según decía él mismo *un mínimo*.

Desde el primer día de sus amores, la extrañeza, el estupor de Fernández al ver que Julia aceptaba y compartía con él sus miserias, no había tenido límites. Su oficio de curial de última escala le había hecho formar un concepto bastante malo de la humanidad. En cuestión de afectos era un gran escéptico que alardeaba de su falta de fe; pero que como todos los que injurian á su Dios á gritos, le rezaba en silencio de rodillas. El se figuraba, lo creía firme y sinceramente, que no le inspiraba confianza alguna el cariño de las mujeres, eternamente falsas y embusteras y acaso por esto mismo más adorables; pero lo cierto es que no era así ni mucho menos. Realmente en su espíritu no había convicción definida y clara, más que aquella tan grande de su pequeñez. No era, pues, desconfianza de Julia lo que él sentía; lo que desazonaba su espíritu é inquietaba su corazón era el descontento de sí mismo, la falta absoluta de *satisfacción interior* que le roía el cerebro como una píllula. En la estrechez de su frente, atestada de

cuento de sus comunes desdichas. Para redimirse de todo *aquello*, Julia contaba con su imaginación, siempre dispuesta á soñar encantos y á fingir grandezas quiméricas, cubriendo el porvenir de flores, alboreando los próximos días con la luz fantástica de las locas y disparatadas esperanzas.

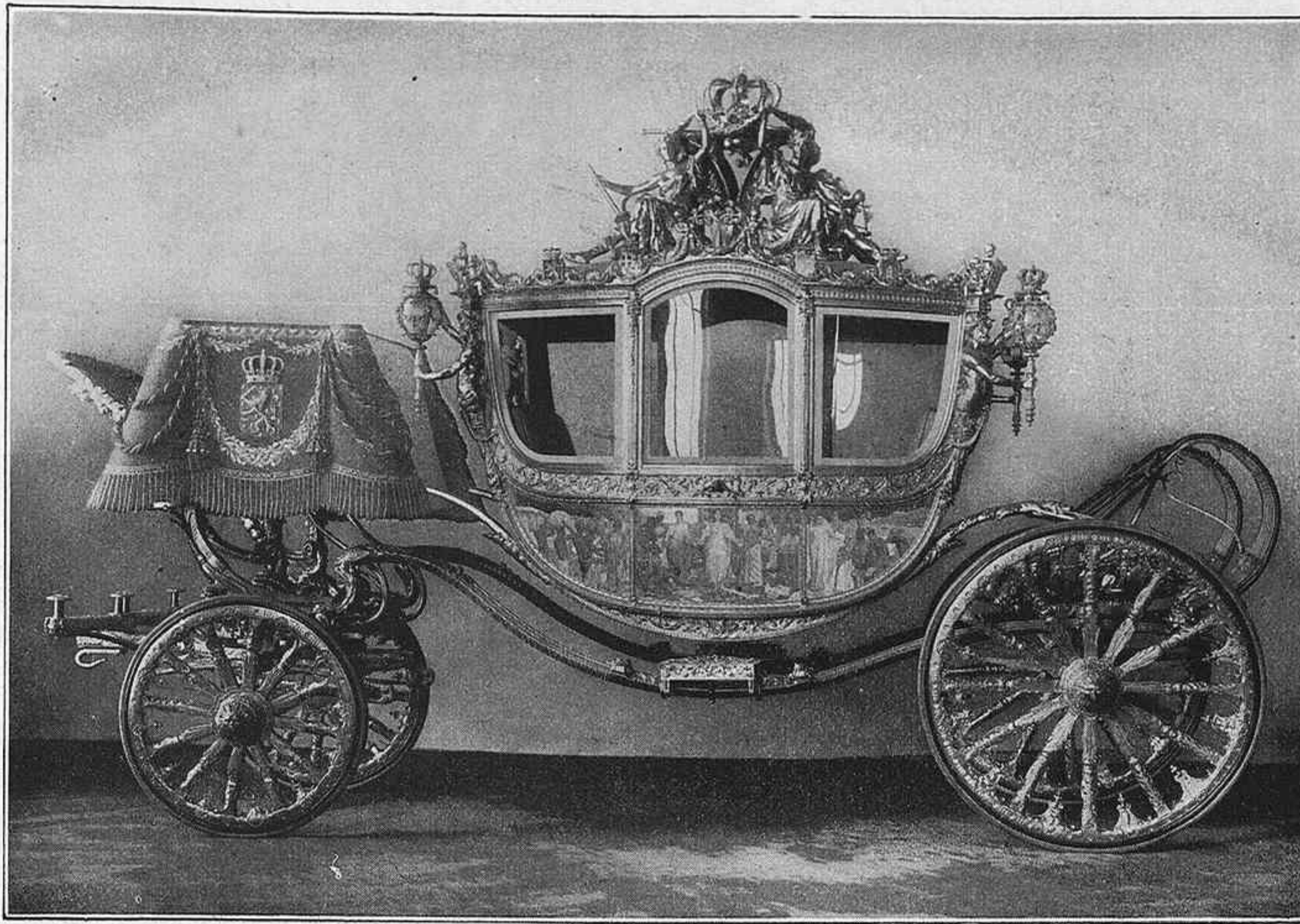
Dejando vagar la mirada soñolienta de sus ojos medio entornados; mirando, sin ver, tras las largas y rubias pestañas, que la escasa luz convertía en brillantes hilillos de oro, permanecía en largos éxtasis, como arrobada en espectáculos sublimes que extendía ante ella su imaginación vivísima. Vestíanse, á la evocación mágica de su deseo, las desnudas y blanqueadas paredes de rasos brillantes y ricos terciopelos; las humildes sillas de Vitoria adquirían formas fantásticas y caprichosas, luciendo en sus respaldos de tapicería bordados imposibles, flores con alas de pájaros, pájaros con formas de flores, muestras de una fauna y una flora inverosímil y quimérica, y la estrecha ventana, más que ventana respiradero *colgado* junto al techo, crecía, agrandándose de modo portentoso hasta quedar convertida en amplia galería, por donde el sol se filtraba libremente para arrancar á los tonos vivos de las sedas reflejos de pedrería, para escurrir su luz por la opacidad de la alfombra, en que unas pasto-

ras anémicas, con sus alegres sombrerillos de paja, cuidaban sus rebaños de corderillos con el aspecto rollizo de perros de aguas. ¡Oh, cómo gozaba entonces! Dejábase bañar en el sol quimérico, viendo relucir y danzar el polvillo luciente que la envolvía en su red diáfana... Aquel sol que «le salía de dentro,» como ella decía, era el consuelo de todas sus amarguras.

rudísimo; una de copiar pliegos y más pliegos en casa del notario, que no había tenido término. En toda aquella inacabable temporada no había tenido un solo día de descanso y asueto. Decidieron salir al campo á comer y á jugar libremente, como colegial en día de vacaciones. Se levantaron muy de mañana, al amanecer casi. Bajaron las escaleras de su quinto piso tumultuosamente, corriendo, á saltos,

Fernández adivinaba esto, sin comprenderlo. Cuando la veía en éxtasis hacía esfuerzos infinitos por seguirla. Presentía el consuelo de soñar despierto, el encanto de mudar las cosas de su natural estado, pero no podía ir más allá. Fijaba los ojos, desmesuradamente abiertos, en las paredes, huérfanas de adorno, en los muebles, pobrísimos y escasos, sin lograr más sensación que la de la blancura húmeda y tersa del yeso, que se le fijaba, deslumbrándole con su pastosidad mate, sin conseguir más que marear sus ojos en el entrelazado de las aneas de las sillas, que con sus patas cojas en actitud de ridícula cojera, parecían reirse descaradamente, con la bocaza de sus asientos rotos, de su deseo burlado.

Un día... Había sido un día espléndido de alegría, un domingo en que la felicidad habíales otorgado sus favores. Llevaba muchos meses de trabajo



CARROZA DE GALA REGALADA Á LA REINA GUILLERMINA DE HOLANDA POR LA MUNICIPALIDAD DE AMSTERDAM CON MOTIVO DE SU CORONACIÓN



LA CORONACION DE LA REINA GUILLERMINA DE HOLANDA. - VENDEDORES DE BUSTOS DE LA REINA EN LAS CALLES DE AMSTERDAM

con algazara de pájaros nuevos que abandonan el nido por vez primera. Por las calles, aún poco concurridas, marcharon impacientes, de prisa. Había que ser formales; luego podrían correr a sus anchas, dejando desbordarse la alegría. Se dirigieron al Retiro. Julia se mostraba muy contenta; cogida del brazo de Fernández reía locamente, mirándole con cariño, con complacencia filial... Tomaron una lancha y se embarcaron en el estanque. Fernández remaba; Julia rigiendo el timón hacía dar vueltas a la barca con peligro de volcarla. El, alarmado, le advertía:

— Que vamos a caer, Julia.

de los Angeles, el ferrocarril del Mediodía. A la derecha estorbaba la vista el Hospital del Niño Jesús, con su feísima mole de ladrillo rojo. Ni un árbol, ni una sombra. Julia estaba arrebatada por el reflejo del sol que empezaba a dejar sentir todo su peso. Fernández quiso entrar en el ventorro huyendo del calor, pero ella protestó.

Echaron campo travieso, cruzando con dificultad las tierras en barbecho que rodeaban el ventorro. Sobre unos trigos sentáronse a descansar. Estaban rendidos. Ya no reían ni apenas hablaban. Y Julia, tendida en la tierra, apoyada la nuca en las manos enlazadas, miraba el azul del cielo radiante,

A Fernández se le hizo un nudo horrible en la garganta. Ya esperaba él que algún día le dijese lo que escuchaba. Había que hacer *algo*; ya lo sabía él; *algo*, pero ¿el qué?..

Julia seguía. Vivir así no era vivir. Estaba cansada. No le había dicho nada por no causarle pena; pero era preciso tomar una determinación, no podía negarlo... Si él no lo hacía, lo haría ella.

Hablaba bajo, muy bajo, susurrando las palabras apenas. En el temblor de su vocecita dulzona se notaba la explosión de la cólera largo tiempo contenida. Fernández estaba aterrado; antes que las palabras a su oído, llegaba a su espíritu su significado cruel.



En los muelles de Barcelona, dibujo del natural de V. Buil

Pero ella se reía más divirtiéndole el juego y contestando:

— ¡Ca, tonto! ¡Si me he embarcado yo más veces!..

Y soltando las cuerdas del timón, arrojaba puñaditos de agua al rostro de Fernández.

Después volvieron a corretear por los paseos y veredas, metiéndose por entre los árboles, a hurtadillas de los guardas, para ver correr el agua por los regueros y espiar el aleteo de los *guacharros* en los nidos. En perseguir una mariposa blanca emplearon la mitad de la mañana. Al mediodía decidieron comer algo. Salieron del Retiro por la puerta de la carretera. Bajo el cobertizo de un merendero se instalaron, en una pequeña mesa de madera, desvencijada y sucia, pringosa del aceite de las ensaladas, llena de rayotes del lápiz de los jugadores que apuntan en el propio tablero el resultado de las partidas.

La comida fué frugal en demasía, pero sazónada por una disparatada alegría, por una alegría nerviosa que parecía forzada. Estaban demasiado contentos.

Desde la puerta del figón se descubría el eterno panorama de las afueras madrileñas. Un campo yermo y desolado. Unos trigos verdeaban apenas al rás del suelo, demostrando su miserable raquitismo. Cerrando el horizonte, por el centro, las siluetas de unos olivos entecos y desmirriados. En la cercana estación de Arganda, una máquina aturdía con su pitar chillón, desagradable. A la izquierda el cerro

guiñando los ojos, en los que la fuerza de la luz se descomponía en tonos espectrales.

— ¡Qué hermoso es el sol!, exclamó.

Fernández no contestó. Miraba con fijeza persistente y escudriñadora el rostro de Julia. La idea, aquella maldita idea de su pequeñez, de su insignificancia que en medio del regocijo del día habíale dejado descansar toda la mañana, le acometió firmemente, con una intensidad jamás sentida. En medio de aquel silencio, en medio de aquella serenidad admirable de la naturaleza, veíase más átomo perdido, molécula infinitesimal más pequeña que el más pequeño gusano. Sus deseos de idealismo se exaltaban. Aquel espectáculo comprendía el que debía hacerle sentir algo que no sentía; y ella sí, ella, sentía aquello, y lo admiraba y lo comprendía...

De pronto Julia se incorporó perezosamente. Restregó con las manos sus ojos para borrar la imagen descompuesta de la luz, que le molestaba hasta causarle sensación dolorosa, y se quedó mirándole.

Hablaron. Lentamente la conversación fué animándose. La atmósfera de fuego que respiraban les encendía. El quiso que se fueran de allí. Hacía mucho calor y se iban a poner malos. Pero ella no accedió. Había que gozar de aquella ración inesperada de aire y sol.

Por vez primera se quejó Julia de aquella vida perra que llevaban. Así no podían seguir. Había que hacer *algo*.

Sus propias palabras la excitaban. Parecía que deliberadamente buscaba las que más daño hacen. Poco a poco había ido subiendo el tono de voz y con entonación seca, fría, que cortaba, le decía:

— Yo no puedo vivir sin sol; el sol es todo para mí. Todas las privaciones, todos los sufrimientos, estar hecha una negra trabajando sin descanso, todo lo sufriría... Pero yo no puedo, no quiero vivir sin sol, consumirme en la obscuridad de aquellas cuatro paredes húmedas y frías...

Y dejando argumentar a su fantasía de histérica, prosiguió:

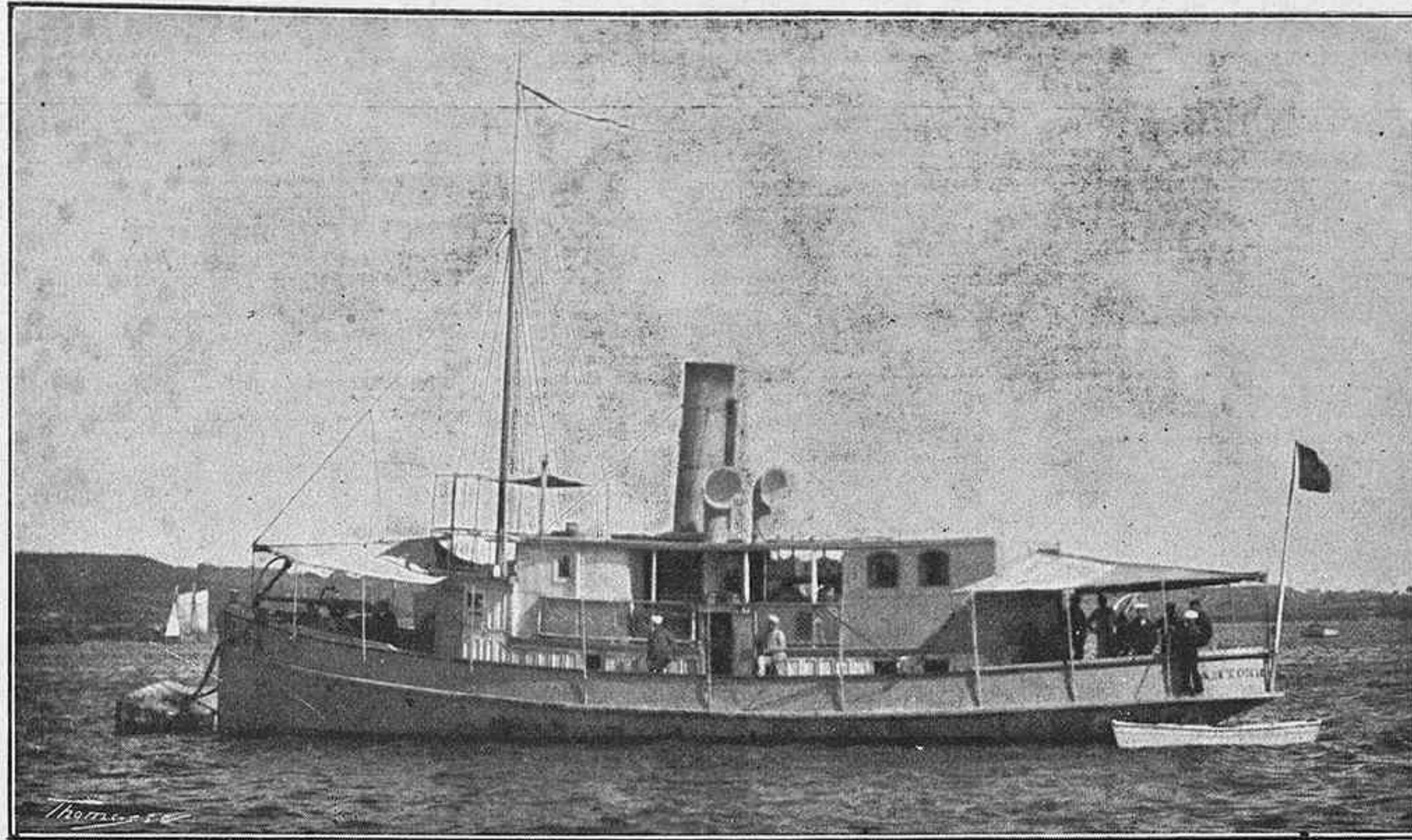
— El sol es la justicia..., por eso está en lo alto, al lado de Dios... Si el sol es la justicia, repetía, cuando brilla con toda su plenitud, la sombra se encoge debajo de los cuerpos, esquivando sus rayos, que la buscan para desvanecerla...

Hacía un bochorno espantoso y Fernández sentía un frío que le helaba. Toda su ilusión se hundía; su pequeñez era tan grande, que no podía dar a la mujer que amaba ni un poco de sol, porque en las grandes ciudades hasta el sol cuesta dinero. Julia parecía deseosa de que él hablara. Pero Fernández callaba. Se levantaron y echaron a andar perezosamente hacia la población. Al llegar a la Puerta de Atocha se pararon. La separación estaba acordada; pero al tenderle la mano en señal de despedida, no pudo menos de sorprenderse. Bueno que se fuera, ¡pero tan pronto! No tuvo ánimo para protestar. Es-

trechó la mano que le ofrecía, reteniéndola largo rato entre las suyas febriles y temblorosas, soltándola con fuerza como si tuviera que despegarla de su piel.

Julia salió andando con su andar provocativo y cadencioso de siempre, perdiéndose entre los árboles del Prado. Él la contempló marchar hasta no ver el mariposeo de su falda de percal claro que destacaba al sol. Y cuando ya no se la veía, acudió á su memoria el recuerdo de toda aquella mañana infortunada, recordó que mientras él saltaba á la lancha ella había cambiado unas palabras con un joven en el embarcadero, y una oleada de rabia subió á enrojecer su rostro pálido. Por movimiento instintivo buscó un arma que no llevaba, haciendo además de seguirla. Pero no se movió. Con paso vacilante, como ebrio atravesó la plaza, alejándose por la calle de Atocha. Llegó á su tugurio. Las lágrimas le ahogaban. El cuarto, siempre triste, pareciéndolo más aún. Ocultó la cara llorosa entre las manos, y sollozante, para dar salida á su amargura, no le vino á la boca más que una frase: - ¡Se ha ido!, ¡se ha ido!..

... Por la ventanuca colgada junto al techo entró



ISLA DE CUBA. - El cañonero «Antonio López», antiguo remolcador de la Compañía Transatlántica, armado con un cañón, que en aguas de Cárdenas sostuvo en 11 de mayo último refido combate con seis buques de guerra norteamericanos (de fotografía de Otero y Colominas).

un rayo de sol que vino á darle en la cara. Fernández levantó el rostro y se quedó mirándolo, y como resumiéndolo todo, balbuceó con rabia: - ¡Se ha ido!, ¡se ha ido buscando el sol que yo no podía darle!.. - Y con el puño cerrado amenazaba al hilo de luz que entraba por la ventana á darle en los ojos, obligándole á hacer gestos ridículos... - JOSÉ DE CUÉLLAR.

saron que las reformas no producirían efectos buenos ni malos por haber sido concedidas tardíamente y cuando más que espontáneamente otorgadas podían parecer arrancadas por la fuerza y como último recurso para ver si con ellas se evitaba la pérdida de nuestras posesiones. De todos modos, la autonomía significaba una evolución trascendental, y á buen seguro que si los Estados Unidos, imitando al lobo de la fábula, no hubiesen tenido el plan, desde mucho antes trazado, de acabar

NUESTROS GRABADOS

Isla de Cuba. - El cañonero «Antonio López». - En la *Crónica de la guerra* correspondiente al número 855 describimos detalladamente la acción naval en que tan importante papel desempeñó este cañonero, antiguo remolcador de la Compañía Transatlántica. No hemos, pues, de repetir lo que entonces dijimos, y al reproducir hoy el citado barco nos limitamos á felicitar calurosamente á su dotación, que dió pruebas de tanto valor y de tanta pericia en aquel desigual combate.

Isla de Cuba. - Habana. - Llegada del capitán general D. Ramón Blanco al Parlamento insular para la apertura de las Cámaras. - La concesión de la autonomía á nuestras Antillas fué juzgada con muy diferente criterio, así por los insulares como por los peninsulares: creyeron algunos que sería panacea para los males que sufría la patria; opinaron otros que lo que haría sería agravarlos y ocasionar una catástrofe; pero tal vez estaban más en lo cierto los que pen-



ISLA DE CUBA. - HABANA. - LLEGADA DEL CAPITÁN GENERAL D. RAMÓN BLANCO AL PARLAMENTO INSULAR PARA LA APERTURA DE LAS CÁMARAS (de fotografía de Otero y Colominas)



EN LAS LAGUNAS VENECIANAS, cuadro de José Vizzotto Alberti

G. VIZZOTTO ALBERTI

EN LAS LAGUNAS VENECIANAS



EL CATECISMO, cuadro de Muenier (Museo del Luxemburgo. París)

á todo trance y sin causa ni pretexto con nuestra soberanía en América, Cuba hubiera renacido á nueva vida y al amparo de su nueva Constitución habríanse restablecido en la isla la paz y el bienestar. Por esto creemos de interés reproducir la fotografía que los reputados fotógrafos de la Habana Sres. Otero y Colominas nos han enviado apenas se han reanudado las co-

cidenciales, más tarde jefe político de Chiquimula y en 1887 ministro de la Guerra. En 1890 se le confió la Mayoría general del ejército para la nueva campaña del Salvador, y terminada ésta volvió á ocupar aquel ministerio, del que salió en 1892 para dedicarse al descanso que tan bien había sabido ganarse en una vida por entero consagrada á su patria. Poco

presenciado y en los cuales habrá sido autor ó testigo. Siendo esto así, ¿qué tiene de extraño que los pintores busquen la verdad con preferencia allí donde, como en los campos y en las aldeas, preséntase ésta sencilla sí, pero desprovista de las ficciones que con tanta frecuencia la encubren en los grandes centros de población? Por esto el ruralismo cuenta hoy en día con tantos partidarios, y por esto son tantos los artistas que en el ruralismo se inspiran, trasladando al lienzo las apacibles costumbres de los humildes campesinos. *El catecismo* del celebrado pintor francés Muenier es una de las composiciones más felices en su género: aquel cura, en cuyo rostro se refleja la bondad de un alma angelical, aquellos niños á quienes el sacerdote explica las grandes verdades y las hermosas máximas de la doctrina cristiana y aquel paisaje engalanado con los encantos de la primavera forman un conjunto lleno de esa poesía que, lejos de apartarse de la realidad, tiene su origen en la naturaleza y en la naturaleza vive y se desarrolla.



M. CAVAIGNAC, ministro de la Guerra francés dimisionario (de fotografía)



El general ZURLINDEN, nuevo ministro de la Guerra francés

municaciones interrumpidas durante la guerra, fotografía que representa la llegada del general Blanco al edificio del Parlamento insular para abrir las Cámaras é inaugurar con ello el nuevo régimen que, aplicado en tiempo oportuno, habría podido evitar la última lucha y establecer entre España y Cuba esas corrientes de cariño y de simpatía que constituyen el lazo más fuerte de unión entre la metrópoli y sus colonias.

aficionado á la política, fué militar valeroso y disciplinado, conquistándose las simpatías de todo el país, que con motivo de su muerte ha demostrado en cariñosas manifestaciones en cuánto estimaba sus relevantes dotes como hombre y como soldado.

M. Cavaignac. El general Zurlinden.— A consecuencia del nuevo giro que ha tomado en Francia el manoseado asunto Dreyfus, por efecto de las confesiones del coronel Henry, que han motivado el suicidio de este militar, según dejamos indicado en otro número, el ministro de la Guerra M. Cavaignac, cuyo retrato publicamos, se ha creído en el deber de presentar la dimisión de su cargo, fundándola en que habiendo estado plenamente convencido del delito del capitán Dreyfus y opúéstose enérgicamente á la revisión del proceso, no podía ni quería estar en desacuerdo con sus compañeros de gabinete acerca de este asunto. M. Cavaignac tiene fama de ambicioso y de aspirar á la presidencia de la República, y en efecto en dos distintas ocasiones ha tratado de alcanzar el voto popular en su favor.

Su sucesor en la cartera de Guerra es el general Zurlinden, alsaciano que cuenta sesenta y un años de edad. Ingresó en el ejército en 1856 y sirvió como capitán en la guerra franco-alemana. Estuvo en Metz, donde cayó prisionero, siendo conducido á la fortaleza de Spandau, pero pudo escaparse y se presentó á ofrecer sus servicios al gobierno de la Defensa nacional. Coronel en 1881, general de brigada en 1885 y de división en 1890, ha sido ya otra vez ministro de la Guerra en el gabinete presidido por M. Ribot, el primero que se formó cuando M. Faure fué elegido presidente de la República.

El general guatemalteco D. Calixto Mendizábal.—Este ilustre general, recientemente fallecido en Guatemala, nació en la Antigua en 1840, y en 1846 entró de soldado raso en el ejército, obteniendo por sus méritos varios ascensos durante las presidencias de los generales Carrera y Cerna: una de las campañas en que más se distinguió fué la de 1863 con



El general guatemalteco D. CALIXTO MENDIZÁBAL, recientemente fallecido (de una fotografía)

el Salvador, señalándose especialmente por su bizarría en la campaña de Coatepeque. En 1871, después de haber permanecido durante algunos meses alejado de las filas, el presidente provisional D. Miguel García Granados le confió el mando de las fuerzas destinadas á la persecución de las facciones del Oriente, como segundo del general Godoy, y terminada aquella guerra en 1875 fué nombrado comandante de armas de Chiquimula. En 1876 hizo la campaña contra el Salvador, y por su pericia y bizarría fué recompensado con una certificación puesta de puño y letra del Presidente Barrios. Ocupó luego varios gobiernos departamentales, fué nombrado en 1885 jefe de las fuerzas oc-

Sangre joven, escultura de Víctor Tilgner.— El autor de este precioso grupo, el malogrado escultor vienés Víctor Tilgner, nació en Pressburgo en 25 de octubre de 1844, estudió en la Academia de Viena y en los talleres de Bauer, Gasser y Schonthaler, y durante la época de sus estudios se le confió la ejecución del busto de Bellini para el teatro de la Opera de la capital de Austria y la estatua del duque Leopoldo VI para el Arsenal. Las primeras obras que le dieron á conocer ventajosamente fueron varios bustos retratos, entre los cuales sobresalió el de la eminente actriz Carlota Wolter. Después de un viaje que en 1874 emprendió á Italia, ejecutó multitud de estatuas y otras obras de plástica decorativa, mereciendo especial mención entre las primeras las del emperador Francisco José, del príncipe Rodolfo, del pintor Fuhrich y de Rubens, esta última para la Sociedad de Artistas de Viena, y entre las segundas las figuras de Fedra y de Falstaff para el nuevo teatro de la Opera, un tritón y una náyade para el parque de Viena, y varias fuentes para el Jardín Zoológico, la quinta imperial de Ischl, el palacio de Schwarzenberg y para la ciudad de Pressburgo. A él se deben asimismo el magnífico monumento de Húmmel en Pressburgo y el de Mozart que se inauguró en Viena en abril de 1896, poco después de su muerte. En todas sus composiciones demostró Tilgner gran imaginación y á todas supo dar un carácter monumental. Esto no obstante, ha dejado también algunas producciones de un género enteramente opuesto á este, en las cuales predominan la naturalidad, la gracia y la elegante sencillez, cualidades que se advierten en la simpática escultura *Sangre joven* que en la primera página de este número reproducimos.

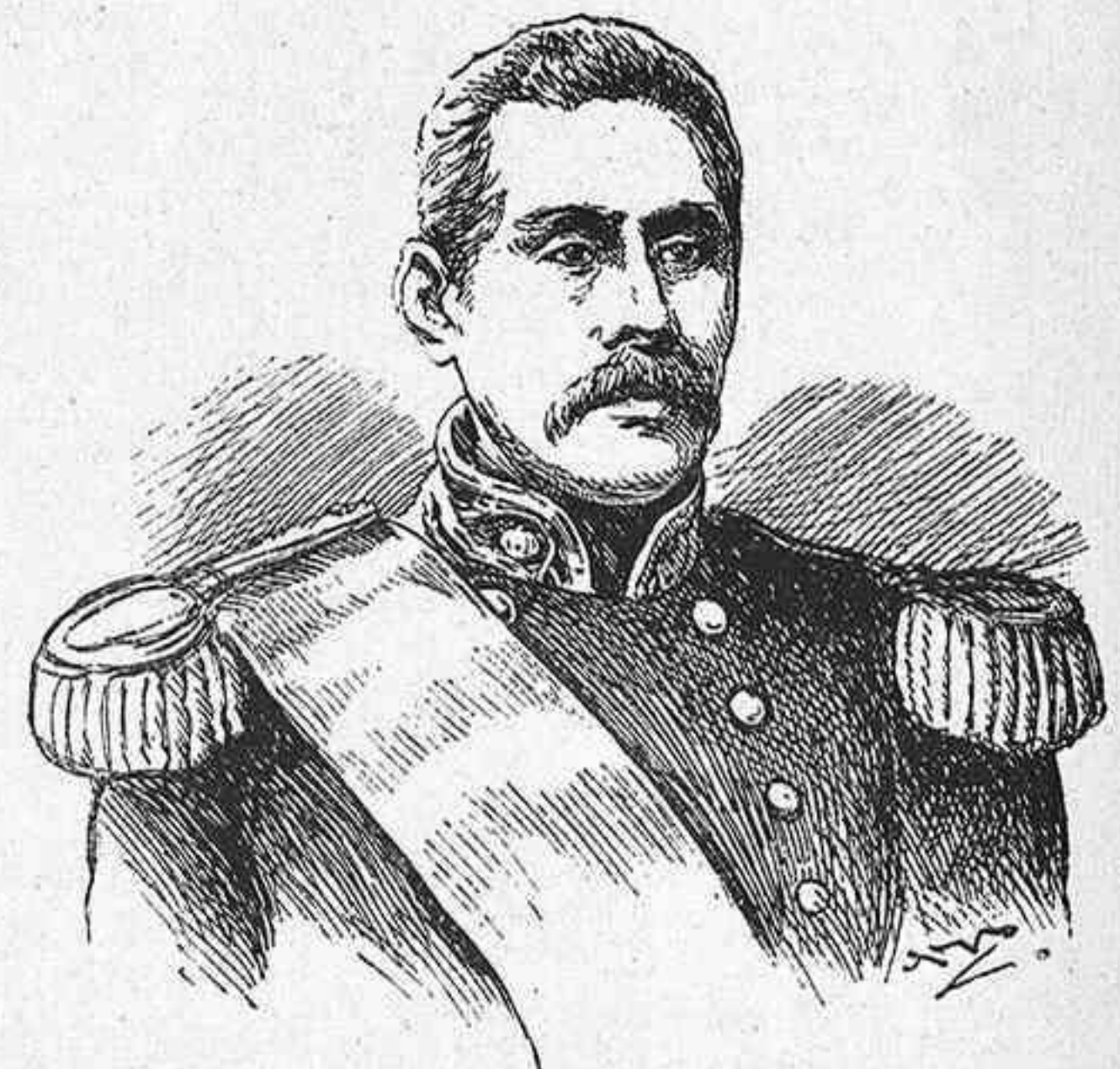
En los muelles de Barcelona, dibujo de V. Buil.—El aspecto que ofrecen los muelles de nuestra ciudad es en extremo animado y pintoresco: el desocupado que pasa las horas viendo entrar y salir los barcos del puerto y presenciando las operaciones de carga y descarga; el comerciante que dirige el embarque ó desembarque de mercancías, el marinero que salta en tierra después de larga travesía, los que acuden á recibir á los viajeros, los vendedores ambulantes, los charlatanes á cuyo alrededor se agrupan docenas de curiosos que escuchan embobados los discursos con que aquellos modernos Dulcarnaras pregonan las maravillosas propiedades de sus específicos, forman un conjunto abigarrado que se presta admirablemente á ser reproducido por el lápiz ó el pincel de un artista. El distinguido dibujante barcelonés Sr. Buil ha sabido aprovechar hábilmente todos estos elementos para trazar una composición, impresión directa del natural, que reproduce fielmente la animación y la vida que reinan en los muelles de Barcelona.

En las lagunas venecianas, cuadro de José Vizzotto-Alberti.—A pesar de ser todavía muy joven, goza ya de gran renombre en Italia el autor de este cuadro. Hijo de Venecia, Vizzotto-Alberti se complace en trasladar al lienzo las incomparables bellezas de su ciudad natal, y su pincel, guiado por su corazón y movido por su mano habilísima, traza notables composiciones en las cuales corren parejas el sentimiento y el talento artísticos. El cuadro que publicamos es buena prueba de ello, pues en él la perfección técnica halláase avalorada por el ambiente poético que sólo puede imprimir en sus obras el que siente profundamente los temas en ellas desarrollados.

El catecismo, cuadro de Muenier.— Varias veces hemos señalado en esta misma sección los atractivos que para los artistas tienen los asuntos rurales: hoy el arte, pese á ciertas escuelas extremadas, marcha victorioso por la senda de la verdad y del naturalismo de buena ley, y lo que en el público despierta la emoción estética es en primer término la reproducción de los cuadros de la vida que en cien ocasiones habrá

La Soledad, escultura de Rafael Atché.— Otra bella producción del genial escultor catalán Rafael Atché podemos dar hoy á conocer á nuestros lectores, inspirada en uno de los tipos populares de las provincias meridionales, en las que tan vivo se halla todavía el modo de ser del pueblo que en ellas dominó. En la figura de *Soledad* rebosa ese melancólico sentimiento que constituye la poesía de aquel país, en cuyos cantos hállanse confundidos la pasión y el pesar, los quejidos del alma y las manifestaciones más delicadas. La moza, obra de Atché, está modelada con la facilidad con que surgen todas sus composiciones.

Malietao, rey de las islas Samoa.— El día 22 de agosto último falleció el rey de las islas Samoa, Malietao Laupepa, que había sido elevado al trono por elección de su pueblo en 8 de noviembre de 1880. Las luchas promovidas en

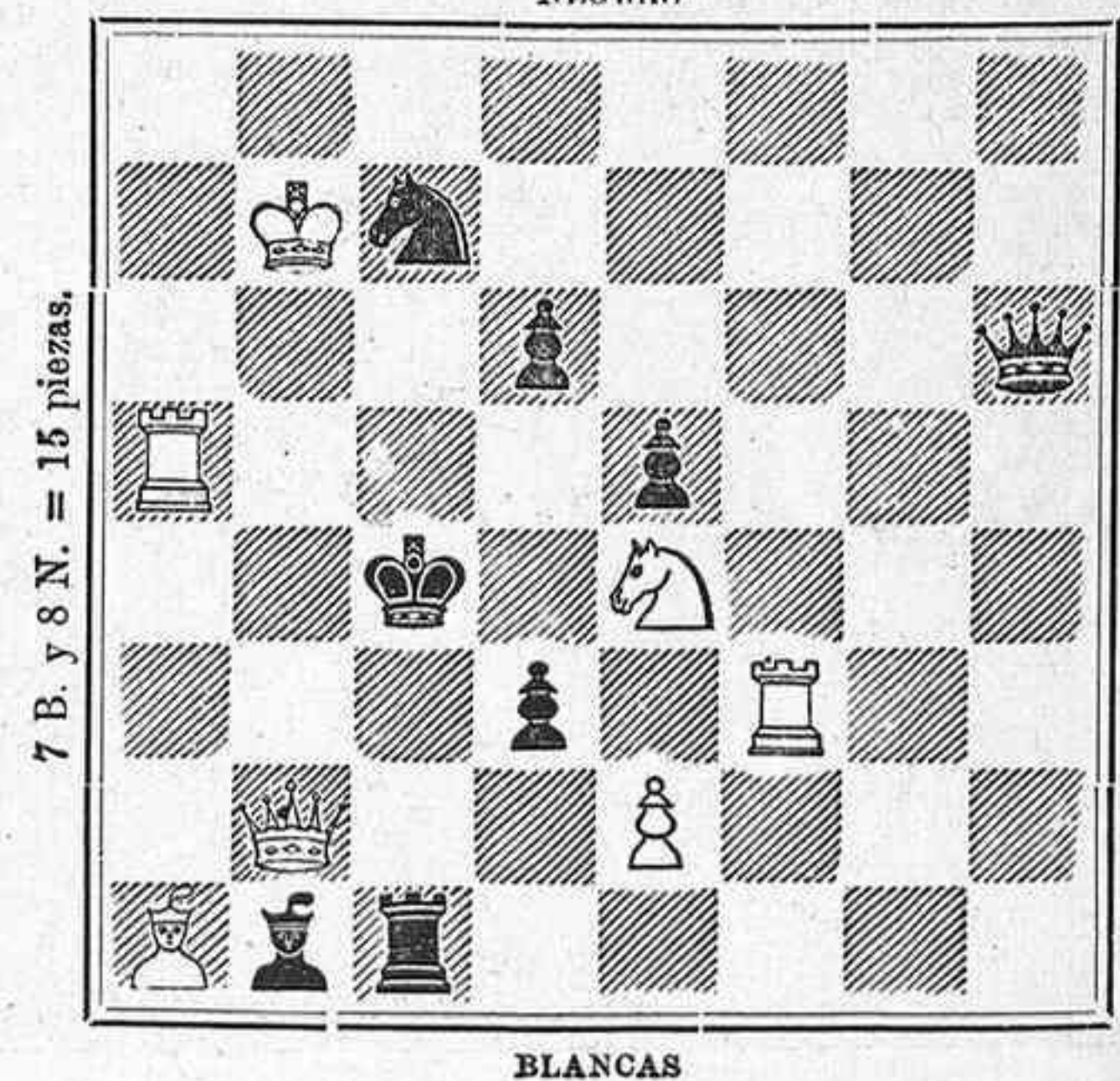


MALIETOA, rey de las islas Samoa, fallecido en 22 de agosto de 1898 (de una fotografía)

aquel archipiélago por el pretendiente Tamafese fueron causa de que en agosto de 1887 los alemanes embarcaran en un buque de guerra á Malietao, poco afecto á ellos, y se lo llevaran prisionero á Camerun; pero en virtud del tratado que en 14 de junio de 1889 firmaron Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos fué repuesto en su dignidad. En 1893 hubo de sostener una guerra con su rival Mataafa y al año siguiente tuvo que hacer frente á una nueva rebelión de Tamafese. La muerte de Malietao puede ser causa de un conflicto entre Alemania y los Estados Unidos, pues ambas naciones pretenden asegurar su influencia predominante en aquellas islas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 133, POR PEDRO RIERA

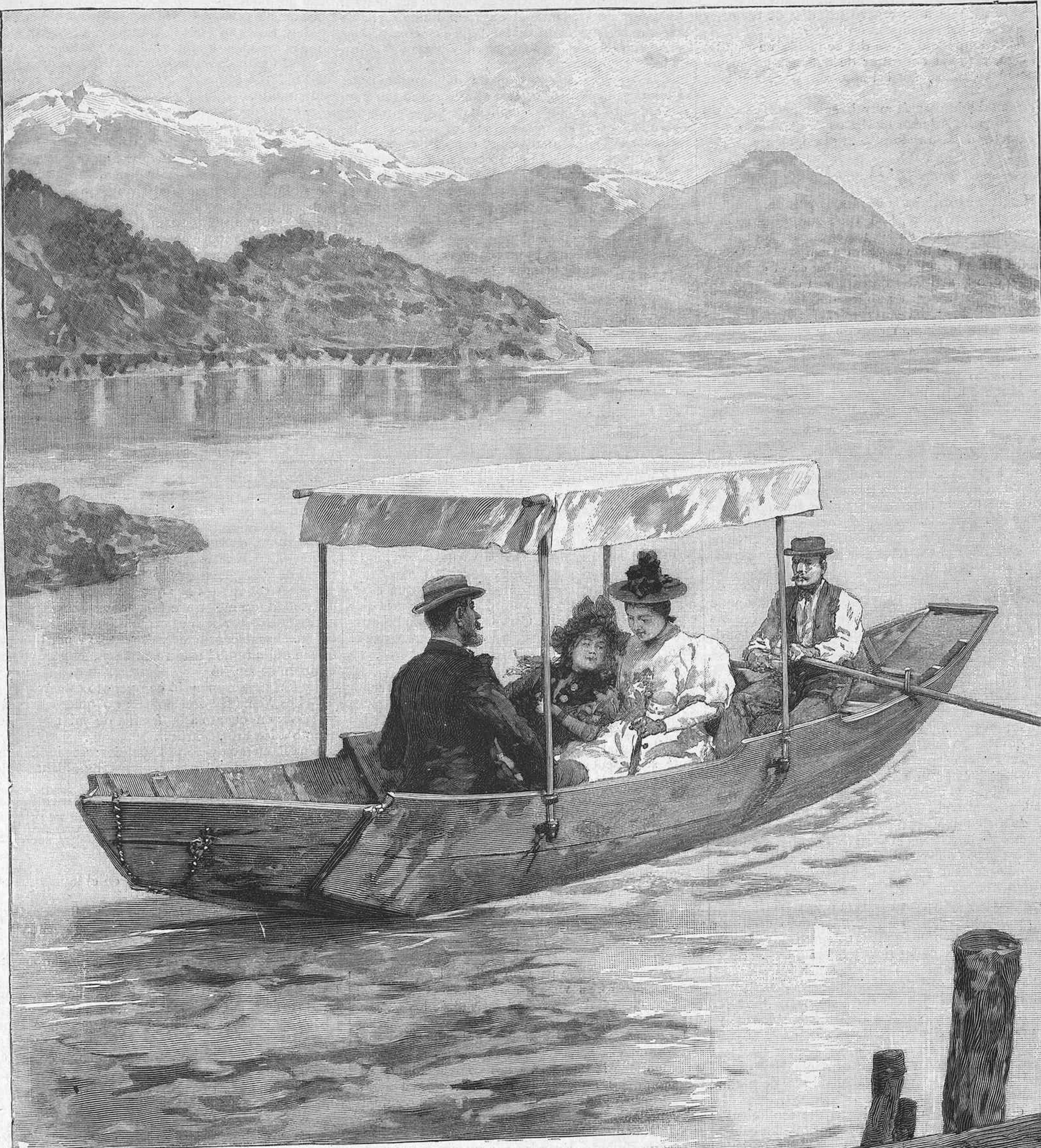


7 B. y 8 N. = 15 piezas.

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 132, POR V. MARÍN

- Blancas. 1. D3AD
- Negras. 1. T6PToma D ú otra
- 2. AcCD ó A3TD ó T mate.



Aquellas excursiones duraban todo el día

MENTIRA SUBLIME

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR MAD. M. LESCOT. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

— Pasearemos en barca, papá, y subiremos al vapor, é iremos lejos, muy lejos.

Durante el largo tiempo de la enfermedad, había contemplado desde las ventanas de la quinta, como desde la lumbrera de un calabozo, el precioso lago azul, y mirado con envidia cómo se deslizaban las barcas de blancas velas por las aguas tersas como un espejo.

El pintor le contestaba siempre afirmativamente, satisfecho de volver á ver sonreír á su hija. Aquellas excursiones duraban todo el día é impedían que Carlota hiciese á su amiga sus interminables visitas.

¡Pobre Carlota; se le oprimía su tierno corazón! Pero ¿cómo se habría atrevido á abandonar al digno Sr. Duvernoy á los azares de las excursiones y de las travesías peligrosas? ¿Quién sabe si por fin iba á encontrar el naufragio, la barca demasiado llena, la grieta pérfida abriéndose bajo un pie imprudente, la ocasión por fin de la abnegación sublime tan apetecida por ella?

Partían muy temprano, y regresaban tarde, pues

comían á bordo del vapor; pero, no obstante lo mucho que le agradaban estas excursiones, Lila preguntaba á veces:

- Papá, ¿cuando volveremos á Pontarlier?
- Pronto hija mía; espero tres días de bruma, y ya lo ves, el sol se empeña en brillar.

Había empezado en un día de niebla un estudio del lago, y quería encontrar de nuevo la misma coloración agrisada, igual impresión de penetrante tristeza.

El estudio le parecía muy bueno y habría sentido no terminarlo. Además estaba en su naturaleza y en su carácter dejarlo todo para el día siguiente.

II

Mientras aguardaba la bruma, la partida, la determinación de su padre, Lila apelaba á otros medios para salvar á su aya de los maleficios de la perversa princesa. Cuando no emprendían ninguna excursión que les hiciera ir lejos, se instalaba en el cuarto de estudio con la actitud formal de una discípula aplicada. Sentada ante su pupitre delante de Carlota maravillada, aceptaba sin réplica los dictados, los análisis y las lecturas. Y cuando la campana anunciaba la hora de almorzar, echaba á su institutriz una mirada de triunfo.

- He sido muy juiciosa, ¿verdad?

- Mucho, Lila, muy dócil, contestaba la pobre Lolota suspirando, y un poco disgustada interiormente por semejante docilidad y cordura tan inoportunas para ella.

Después del almuerzo, Lolota solía leer al Sr. Duvernoy algunos periódicos durante una hora; por nada en el mundo hubiera faltado á este deber sagrado, de suerte que la niña podía estar tranquila; mas apenas terminaba la lectura, Lila acudía diciendo:

- Vamos á tomar el funicular, Carlota; subiremos á Lausana, nos pasearemos por las calles y merendaremos en la pastelería.

El paseo y la merienda duraban hasta la hora de comer. ¡La ciudad de Lausana es tan curiosa y de aspecto tan variado! Primeramente, desparramadas en las laderas de la colina, quintas suntuosas bautizadas con nombres de flores, ocultando sus regios esplendores detrás de una calle de árboles soberbios, y que no dejaban ver, como vírgenes púdicas ó reinas orgullosas, más que la corona almenada de alguna torre ó la empuñada flecha de un tejado puntiagudo; luego, á lo largo de un ancho bulevar, otras quintas no menos vistosas que al través de sus labradas verjas ostentan á los ojos de los paseantes las multicolores pinturas de sus fachadas: después, la gran zanja de verdura que divide la población por mitad, armonizando aquellas elegancias con la alegre nota de los cultivos rústicos. Por fin, atravesado el viaducto, presentábase la antigua Lausana con sus calles estrechas de vertiginosas cuevas, sus elevadas casas que parecen encerrar al transeunte en un baluarte inexpugnable, y en alguna de ellas es más baja que las otras y forma una terraza ó una plataforma, aparece de improviso el lago produciendo cada vez la misma impresión de sorpresa admirativa, cada vez un placer intenso, como si se temiera no volverle á ver y se hubiera olvidado que era tan hermoso.

Lila no se cansaba de andar por aquellas calles tortuosas, bajando alegremente y á carrera tendida sus rápidas cuevas, mientras que el aya, sofocada y jadeante, procuraba seguirla. Luego iban á la descubierta, sin querer preguntar á nadie por su camino, satisfechas de extraviarse y más contentas aún cuando por casualidad se encontraban al pie de algún monumento.

Un día visitaron la catedral con ese sentimiento de intensa curiosidad y de vago temor que los cultos ajenos inspiran; pero la antigua basilica continúa profundamente católica con sus altos pilares, sus grandes naves, la obscuridad de sus bóvedas y sobre todo ese hálito de las antiguas edades que nada ha podido ahuyentar del lugar sagrado.

Las dos mujeres se detuvieron en el sitio donde antes estuvo la pila del agua bendita y con involuntario ademán hicieron la señal de la cruz, luego se acercaron á los grandes bancos de roble para arrodillarse; allí se carecía de reclinatorios lo mismo que de agua bendita.

Recorrieron después con tímido paso toda la iglesia desierta, con el alma llena de misteriosa tristeza.

La niña no podía comprender la importancia de aquella gran mudanza religiosa; pero la desnudez de las paredes la impresionaba; allí no había cuadros, ni estatuas de santos con jarros de flores á sus pies, ni capillas ricamente adornadas, ni exvotos, ni cirios difundiendo en la penumbra la nota alegre de las iluminaciones, ni cándida Virgen alargando á los fieles sus brazos de misericordia y de amor: solamente algunas figuras de piedra rígidamente tendidas en tumbas en los ángulos sombríos, parecían mirarla con sus ojos graves, mientras ellas pasaban por de-

lante procurando amortiguar el ruido de sus pisadas.

Cuando llegaron ante el santuario donde no había más que las mesas de mármol de las comuniones calvinistas, la niña dijo en voz muy baja:

- No hay ninguna lámpara.

Y la carencia de esa lámpara del santuario que arde día y noche en nuestros altares causó tan punzante dolor en el alma católica de Carlota, que se arrojó en las baldosas, y como los ancianos de Israel ante el templo perdido, se echó á llorar.

Al salir de la iglesia encontraron al pintor, que iba á buscarlas. Estaba admirando la imponente belleza del paisaje que tenía á la vista; las montañas, de un color azul obscuro, hundían su base en el lago, y sus cimas con sus blancas manchas de nieve se perfilaban en un cielo claro, al que empezaban á remontarse algunos vapores, ligeros como copos de plumas.

- Esto es admirablemente hermoso, dijo el pintor.

Un transeunte contestó al pasar:

- Sí, hoy hace muy buen tiempo, pero mañana habrá niebla, de seguro.

Lila exclamó con alegría:

- ¡Oh papá! ¡Niebla, qué dicha! Acabarás tu estudio y nos marcharemos, ¿verdad?

A pesar de lo mucho que le gustaban aquellas excursiones, no obstante todo el atractivo que para ella tenía Lausana, seguía intranquila; ¿caso no estaba su enemiga, como las brujas de los cuentos de hadas, emboscada en el chalet con las persianas cerradas, pronta á devorar alguna presa?

La inquietud de la niña persistía, por más que nada la motivara.

- ¡Qué alegría, nos iremos pronto!, repetía.

Cuando los tres regresaron á su casa, la criada suiza acudió á su encuentro un tanto sobresaltada.

- La dama negra del chalet vecino ha venido á ver al señor, dijo. Estaba muy cansada y ha pedido permiso para entrar en el taller; diciendo que el señor le había enviado la autorización necesaria por conducto de la señorita Carlota. Yo no me he atrevido á negárselo y la he dejado entrar; creo que el señor no se enojará.

Carlota lanzó un ligero grito de alegría.

- ¡Qué contenta estoy, Sr. Duvernoy! Hace ocho días que no la he visto. Si usted me lo permite entraré á saludarla.

- No, contestó Fernando con sequedad.

No le gustaba que entrara nadie en su taller durante su ausencia; y además estaba enfadado con aquella desconocida por haber diferido tanto su visita.

- Hay que despedirla, dijo terminantemente Lila frunciendo el ceño; hay que ponerla en la puerta.

- Eso es lo que voy á hacer, pero con buenos modos, contestó su padre sonriendo.

Subió la escalera disgustado; habíase desvanecido el deseo que tenía de conocer á aquella mujer; volvía á su anterior desconfianza y sus labios pronunciaban de nuevo la palabra aventurera; mas no bien abrió la puerta, se modificaron mucho estas disposiciones hostiles.

Y la verdad es que para un artista el espectáculo que se ofreció á su vista aventajaba en atractivo al de las aguas cambiantes del lago y al de los esplendores de los picos nevados.

La forastera parecía extasiada ante el cuadro que representaba el paisaje brumoso, medio tendida en un sillón, con la mirada fija, tan embebida en su admiración que no oyó cómo la puerta giraba sobre sus goznes. Aquel homenaje mudo, tan sincero, tan poco reclamado, halagó el amor propio del pintor mucho más que todos los cumplimientos que hubiera podido dirigirle. Examinó á la intrusa con mirada menos descontenta, y vió que era una mujer de unos treinta años, de ojos tristes, boca seria y actitud fría y reservada.

- Señora..., dijo acercándose.

Sobresaltóse ligeramente la desconocida, y contestó sin embarazo visible:

- Perdóneme usted, caballero; pero este cuadro es tan hermoso, que estaba enteramente abstraída admirándolo. Le debo el primer instante de placer que he disfrutado de mucho tiempo á esta parte. Temo haber sido muy indiscreta permitiéndome entrar en su casa de usted durante su ausencia; pero mi quebrantada salud me impide con frecuencia salir de mi habitación, y tenía tanto deseo de hacer esta visita...

En seguida fué deteniéndose ante los diferentes lienzos esparcidos por el taller, y los alabó delicadamente, sin exageración, sin adulación rebuscada, con palabras muy sencillas. El incienso, ofrecido por tan discreto modo, conservaba un perfume exquisito.

El pintor se inclinó como para darle las gracias; empezaba á sentir que debía algún agradecimiento á aquella admiradora, y ya no estaba enfadado con

ella por haber forzado la consigna. Sacó de sus cajas, de sus armarios y de sus carpetas todos sus estudios, todos sus bocetos, insaciable de los elogios que ella seguía prodigándole sin cansancio.

- ¿Es esto todo, caballero? Algo más tendrá usted todavía. Me gusta tanto, que desearía continuar admirando.

Por fin dijo con voz grave:

- El deseo de contemplar todas estas hermosas obras no ha sido el único objeto de mi visita.

Bajó los ojos y se detuvo vacilante; pero, venciendo su emoción, repuso con sencillez:

- ¿Por qué me ha de dar vergüenza de confesar á un hombre de corazón una pobreza de la que no tengo por qué sonrojarme? Soy viuda, y mis escasos recursos no bastan para atender á mis necesidades. Y como no quiero aceptar de nadie en el mundo socorro ni limosna, he pensado en trabajar. Hanme dicho que tenía muy buena aptitud para la pintura, y mis profesores afirmaban que en caso necesario podría sacar partido de mis pobres conocimientos en ese arte. ¿Es usted de la misma opinión, caballero?

Sus ojos bajos parecían contener las lágrimas; la boca, de delgados labios, comprimía un sollozo; el timbre metálico de la voz era adecuado á cada palabra de aquel ruego, á la vez humilde y arrogante. Permanecía de pie, presentando con mano temblorosa un pequeño álbum.

A Fernando Duvernoy empezaba á parecerle tan seductora que le sobrecogió cierto temor, y lejos de alargar la mano para tomar el álbum, dió un paso atrás. Luego, con tono poco lisonjero, casi duro, el tono de un cobarde que siente acercarse el peligro, dijo:

- Señora, en la actualidad la pintura es una profesión poco lucrativa; tenemos tal abundancia de obras de todo género, que hasta nuestros más grandes maestros venden sus obras con dificultad. A decir verdad, no me atrevería á aconsejar á usted que abrazara esa carrera, pues recelo que encontraría usted muchas decepciones y disgustos; y por otra parte, sin duda tendrá usted familia y amigos que acudirán en su auxilio.

La forastera respondió con penoso esfuerzo:

- Los Meriadec son pobres; no quiero servirles de carga; en cuanto á la familia de mi marido, en cuanto á los Sres. Martín...

Una llamada pasó por sus ojos; ¿era indicio del resentimiento de alguna negativa humillante ó del orgullo sublevado?

- ...En cuanto á los Sres. Martín consentiría en morir de hambre y de miseria antes que pedirles algo. En otro tiempo tuve amigos, pero hoy ya no los tengo.

Luego con voz firme repitió:

- No quiero aceptar de nadie en el mundo ni socorro ni limosna.

Decididamente aquella desconocida hacía gala de irreprochable dignidad. Fernando sentía cada vez más respeto hacia ella.

- Disponga usted de mí, señora, dijo con acento resignado; estoy á sus órdenes.

Cogió el álbum y lo hojeó. Eran acuarelas, dibujos al lápiz de paisajes, estudios de árboles, de flores y hasta algunas figuras. Fernando no se quedó maravillado ni lo esperaba, y disimuló sin gran trabajo su poca admiración, limitándose á algunos cumplimientos de pura cortesía. Verdad es que después de todos los elogios que ella acababa de prodigarle, hubiera sido una falta de galantería no admirarla él á su vez.

- Es muy bonito en verdad; esto revela felices disposiciones, mucho gusto, preciosa pincelada...

Ella le contemplaba con sus grandes ojos, dilatados por la angustia.

- ¡Oh caballero! Suplico á usted que me diga la verdad; para mí es preferible no alimentar una esperanza quimérica.

Entonces Fernando cambió de tono, y devolviéndole el álbum contestó:

- Lo que le he dicho lo sostengo: tiene usted muy buenas disposiciones, pero no ha trabajado usted lo suficiente, y hoy día sin un trabajo arduo, tenaz, se consigue poco.

- Entonces es decir que esas acuarelas, mi posterera esperanza, nadie las compraría, no tienen ningún valor.

El pintor se encogió ligeramente de hombros expresando así su sentimiento y su impotencia. Parecía muy duro repetir de nuevo su cruel dictamen. Vió que esta desilusión dejaba desconcertada á la Sra. Martín, y creyó notar que su pálido rostro palidecía más aún; pero aquella arrogante mujer no profirió una queja, haciendo así que Fernando se compadeciera de una emoción con tanta entereza comprimida.

- Pero ¿no cuenta usted con otros recursos, señora? Es posible que haya usted esperado á...

La Sra. Martín sonrió vaga, dolorosamente:

- Tranquílese usted, caballero, contestó: cuento con otros recursos, y creo que me bastarán.

Fernando comprendió que mentía; pero sin darle tiempo para protestar, la Sra. Martín continuó:

- Adiós, caballero. Tenga usted la bondad de dispensarme por mi indiscreta petición, así como por haberle importunado.

No, y cien veces no, no consentiría en dejarla partir de aquel modo. ¿Qué podrían importar unos cuantos billetes de Banco de más ó de menos en su cartera? ¿No había dado algunos en más de una ocasión á artistas pobres que apelaban á su generosidad? Ningún infortunio le había parecido tan interesante como aquel. Habría querido decir: «Pretende usted no tener ya amigos; pues aquí tiene usted uno. Acepte usted de él el dinero que necesita: ¡tendrá tanta satisfacción en hacerle este favor!» Pero estas palabras espiraban en sus labios sin atreverse á pronunciarlas. «No quiero aceptar de nadie en el mundo ni socorro ni limosna,» había dicho la orgullosa dama. ¿Cómo había de conceder á un desconocido el derecho que negaba á sus parientes de un modo tan absoluto y altanero? Un ofrecimiento de esta clase, ¿no sería un insulto? ¡Es tan difícil dar limosna á los que se niegan á alargar la mano!

Mientras la Sra. Martín atravesaba el taller para retirarse, él la seguía lleno de sentimientos encontrados, de despecho y de timidez, balbuciendo palabras inconexas en las que se advertían su embarazo y su buena voluntad.

Luego, con más resolución añadió:

- Es imposible, usted no puede marcharse así.

La forastera contestó con tono bajo y humilde:

- Caballero, le he comprendido á usted perfectamente; las más felices disposiciones son inútiles sin una buena dirección. En el colegio teníamos un profesor muy fácil de contentar. ¡Ah! Si entonces me hubiera dado lecciones un maestro como usted, hoy estaría salvada, mientras que...

No terminó, pues él la interrumpió con una exclamación de triunfo. ¡Lecciones! ¿Cómo no había caído en ello? ¡Sí, se las daría! Es decir, retocaría aquellas defectuosas acuarelas, y luego haría que las vendieran personas á su devoción. De todos modos, gracias á esta estratagema, le haría aceptar algunas cantidades de dinero. Parecióle que este discreto expediente conciliaba todos los intereses y salvaba todas las delicadezas.

Volvió ella ligeramente la cabeza, en tanto que él permaneció un rato callado contemplándola. ¿Podía haber ojos de artista que no admiraran aquella incontestable belleza? A los reflejos del sol poniente, sus cabellos blondos se iluminaban con tintas de cobre y oro; sus grandes ojos irradiaban profundos destellos, y su vaga sonrisa tenía ese extraño encanto que inquieta, atrae y fascina.

Desde aquel momento, Bertranda empezaba á ejercer en él ese ascendiente de dominio que toda mujer de firme voluntad ejercerá siempre sobre un hombre de buen corazón, de imaginación viva y de voluntad débil.

Fernando la expuso su proyecto con largas perfrasis, escogiendo las palabras más corteses y suavizando sus expresiones; habría querido hacerle creer que todavía le haría un favor aceptando sus lecciones; y temía que se negara á ello, rompiendo así todo vínculo entre ambos.

Bertranda le escuchaba sin que trasluciera á su rostro ninguna emoción de descontento ó de satisfacción. Su respuesta fué breve; en ella no se advirtió la menor vehemencia imprudente.

- La delicadeza de usted, caballero, me ofrece la única limosna que yo puedo admitir.

El fué quién, por el contrario, prodigó las muestras de gratitud con una solicitud cuyas causas hubiera adivinado un psicólogo; pero Duvernoy no lo era.

- ¡Pobre mujer!, dijo cuando se hubo marchado: es en verdad muy interesante. ¡Luego, esta galantería por mi parte complacerá tanto á nuestra buena Lolota! Bien le debo esta satisfacción, puesto que tan admirablemente se ha portado.

Cuando la Sra. Martín llegó á su casa y se encerró en su cuarto, una sonrisa sardónica reemplazó en sus labios á la pálida sonrisa de resignación.

- Todos son lo mismo, pensó; todos fáciles de seducir por los mismos medios: halagar su orgullo y pedir su protección.

Se había asomado á la ventana de su chalet, pero no contemplaba las tranquilas aguas del lago con sus blancas velas ni las sombrías montañas de la Saboya. Lo que estaba mirando mentalmente era una página de su vida, aquella que representaba una

playa bretona en la que se había dirigido á un anciano para obtener consejos y lecciones; luego los largos días de invierno durante los cuales iba diariamente á su casa; el trabajo que le había costado vencer la timidez y desconfianzas del enamorado sexagenario, y obligarle por último á solicitar temblando una mano que ella le alargaba hacía tiempo.

Y precisamente ahora estaba representando la misma escena con la habilidad que da la experiencia, y acababa de ganar la primera partida más fácilmente de lo que había creído.

Se pasó la mano por la frente y dijo para sí:

- Sin embargo, todavía no hay que cantar victoria, porque el triunfo definitivo será vivamente disputado. Tengo en la plaza una enemiga formidable. A través de las retenciones de Carlota, he comprendido que la niña me es hostil; defiende al aya contra mí, y aun defenderá más á su padre.

Por el muelle que hay á orillas del lago pasaban á aquella hora crepuscular grupos de paseantes, familias enteras y hermosos niños elegantemente vestidos. Los siguió con los ojos y exclamó con duro acento:

- No me gustan los niños, y mucho menos los niños ricos y mimados. A mí no me han mimado nunca.

Recordaba su triste infancia en la pobre casa de Breñaña, y la envidia que le causaba su amiguita Valeria Martín, á la que sus padres amaban y malcriaban.

- De seguro, pensaba, que yo no habría sido tan mala si me hubiesen querido.

Sintió cierta vacilación: ¿entablaría la lucha contra aquella criatura? ¿El objeto valía la pena? Pero recordó las confidencias de Carlota, el taller con sus bronceos y sus mármoles preciosos desordenadamente colocados, el amontonamiento de aquellas cajas llenas de maravillas adquiridas por el pintor en sus viajes. Sí, valía la pena de jugar la partida. No se trataba de amor, porque el amor no era para ella más que un engaño infernal, un lazo en el que se deja coger el más débil ó el más cándido de los dos. Ella había caído una vez en este lazo y sufrido las consecuencias hasta querer matarse; pero en lo sucesivo no volvería á caer en él.

Mientras en esto pensaba, habíase hecho de noche. Continuaba de codos en la ventana entregada á sus pensamientos, y tan ensimismada que no oyó los pasos que hacían crujir la arena del jardín ni el sonido de la campanilla. Sobresaltóse cuando desde abajo llegó á sus oídos la voz de Carlota, que preguntaba á la criada si la Sra. Martín podía recibirla.

- ¿Si será una contraorden?, pensó Bertranda. La niña habrá vencido y van á marcharse.

Pero era todo lo contrario: Carlota, sumamente satisfecha, iba á demostrar á la princesa todo el entusiasmo de su júbilo.

- ¡Le dará á usted lecciones!, le dijo. ¡Hará de usted una artista tan grande como él! ¡Qué contenta estoy, querida amiga! El señor es muy bueno, ¿verdad? ¡Y qué dulce recompensa de los cuidados y abnegación de la pobre aya! Me ha dicho: «No puedo negar nada á una amiga de mi querida Lolota.» Porque ha de saber usted que le pedí que me llamara Lolota el día en que me dió su corazón.

- ¡Que le dió á usted su corazón!, repitió Bertranda frunciendo el ceño. ¡Hola, hola, qué guardado se lo tenía usted!

Carlota se puso colorada.

- Esperaba..., contestó, pensaba..., pensaba que el digno Sr. Duvernoy estaría satisfecho de la discreción de su amiga. Y además, eso de guardar un secreto con él, sólo con él, era un gran placer. Perdóneme usted.

- ¿Es decir, que piensa casarse con usted? ¿Y se lo ha dicho? ¿Será pronto?

- ¡Oh no, querida amiga, no puede ser pronto! El gran patriarca Jacob guardó catorce años los rebanos de Labán para casarse con Raquel; ¿cómo he de tener yo menos paciencia si tengo igual cariño? La recompensa es demasiado grande para que merezca ser esperada.

- Pero ¿no dice usted que le ha dado su corazón? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿En qué términos?

- Fué después de la enfermedad de Lila. Un corazón soberbio, todo de oro, enriquecido de turquesas y diamantes. Pero los diamantes y las turquesas no significan nada; el corazón lo es todo. Y me dijo: «Es su emblema de usted, Lolota, porque tiene usted un corazón de oro.»

La Sra. Martín reprimió con trabajo una irónica sonrisa. Cuando Carlota se marchó exclamó:

- ¡Ah necia! Me ha dado un susto... Está resuelto, tentará la aventura; la niña me hacía vacilar, pero Carlota me decide.

Sentía un gozo malévolamente en derribar el frágil cas-

tillo de naipes de la imprudente Carlota; gozo propio de un corazón agriado, perfidia femenina, envidia de ese candoroso amor que amenazaba remontarse á tanta altura.

III

Cuando Lila se levantó al día siguiente lanzó un grito de alegría. Por la atmósfera se extendía una ligera bruma, al través de la cual las montañas de Saboya parecían como veladas de ligera gasa. Era el efecto esperado en vano por el pintor hacía tantos días.

- ¡Qué fortuna!, exclamó. Papá acabará su estudio y nos marcharemos.

Llamóle la atención no ver á Carlota sentada al pie de su lecho como de costumbre; pero el gozo que le causaba la próxima marcha la hacía filósofa.

- Apuesto, dijo para sí, á que ha ido á casa de la princesa negra para despedirse de ella, puesto que vamos á partir.

Como oía ciertos ruidos en el taller, afirmóse en su convicción; eran arrastres de cajones y martillazos.

- Están embalando los muebles, pensó; ¡qué alegría!

Levantóse sola, se vistió de prisa y corriendo, corrió llena de júbilo al taller y se metió entre las piernas de su padre manifestando bulliciosamente su alegría. Fernando la recibió con impaciencia, casi con enojo.

- Eres insoportable, le dijo; déjame en paz; por poco me haces caer.

Llevaba en las manos una soberbia ánfora que acababa de sacar de un cajón con grandes precauciones. Lila, descontenta y sorprendida, retrocedió y miró en torno suyo.

No era una mudanza, sino un arreglo de la habitación lo que se hacía; no cerraban los cajones, sino que los abrían. De su interior iban saliendo cosas muy bellas que la niña habría contemplado con gusto en cualquier otra circunstancia y palmoteado de contento al verlas; pero entonces se quedaba inmóvil, inquieta, sin atreverse á preguntar por temor de la respuesta, mirando con sus grandes ojos, llenos de ese terror, ciertas cosas de la vida que los niños presienten, pero que no comprenden.

El Sr. Duvernoy había notado la víspera, antes de marcharse la Sra. Martín, que su taller, esa grande coquetería de los pintores, estaba en el más espantoso desorden. No se había tomado el trabajo de adornarlo para aquella instalación transitoria, limitándose á colocar en él su caballete, su caja de colores y unos cuantos lienzos; las estatuillas y los bronceos recién comprados estaban puestos de cualquier modo y por todas partes. Aquella mañana había dicho al aya:

- Si quisiera usted ayudarme, Carlota, haríamos este cuarto más digno de la visita de nuestra amiga, para lo cual bastará abrir las cajas y sacar de ellas algunas obras de arte.

La institutriz le prestó alegremente su concurso, y aquellos eran los preparativos que Lila acababa de sorprender. La niña volvió á decir con insistencia:

- Papá, hay niebla en el lago.

- Sí, ya lo sé, le contestó su padre; pero ya no me importa, puesto que no nos marchamos.

- ¿Que no marchamos?, repitió con aficción. ¿Por qué?

- Porque ayer encontré una discípula á la que he prometido dar algunas lecciones; es la princesa negra.

¡Oh! Desde la primera ojeada que echó al taller había temido aquella contestación. Y sin embargo, ¡hacía tantos días que aguardaba con impaciencia aquella niebla, precursora de su partida! ¡Hacía tantos días que al despertarse corría á la ventana, enfadándose con el sol porque brillaba tanto! Y de pronto la bruma extendía sobre el gran lago su manto de gasa, y cuando Lila echaba á correr llevando tan grata noticia, se le contestaba negligentemente que no tenía importancia, porque ya no iban á partir. ¡Y su mismo padre era el que le daba una respuesta tan enojosa, á pesar de saber el disgusto que con ella le causaba!

¡No partir! ¿Y por qué odiosa razón? Por culpa de la princesa negra, la maldita, la execrada, la bruja de los cuentos de hadas. Su padre, su propio padre daría lecciones á aquella ogresa, se dedicaría enteramente á ella y no se cuidaría ya de su pequeña Lila. Al enojo de la niña iba unido cierto terror; así fué que dando una patada en el suelo exclamó:

- ¡Te lo prohibo! ¡No quiero!

Por primera vez su padre resistió á aquella impetuosa voluntad y contestó:

- ¡Pues yo sí quiero!

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL NUEVO PUENTE SOBRE EL NIÁGARA

Los turistas que han visitado las cataratas del Niágara recordarán sin duda que en el antiguo puente que en aquel sitio cruza el río experimentaron una ó dos sorpresas. Si el viajero llegaba al Niágara en el tren de Nueva York que deja á los excursionistas junto á las cataratas en las primeras horas de la maña-



Fig. 1. - El nuevo puente sobre el Niágara.
Construcción del arco debajo del antiguo puente colgante

na, el recuerdo del puente traerá á su memoria un espectáculo de estos que casi es imposible olvidar una vez presenciados: recordará la impresión extraordinaria que, al ser despertado por el conductor del *sleeping* y al mirar al través de la ventana cubierta de polvo, le produjo el ver por vez primera aquel gigantesco salto de agua que en torrentes de espuma espléndidamente iluminados por el sol se precipitaba en el lecho inferior del río eternamente oculto por la niebla que forma al caer aquella inmensa molé líquida.

Si el turista había llegado en otro tren, recordará los puentes del Niágara como otros tantos sitios en los cuales experimentó la sorpresa de tener que pagar veinticinco centavos para pasar por ellos.

El antiguo puente, llamado el puente colgante de Roebling, ofrecía, además de este interés económico, otro de carácter histórico, pues era el único puente colgante construído para dar paso á un ferrocarril, y aunque algunos ingenieros modernos lo han mirado con cierta conmiseración, es lo cierto que aquella obra, construída en 1855, ha servido perfectamente para el objeto á que se la destinó hasta el momento en que, habiendo sido reemplazada por otra, se ha visto trasladada á otro lugar.

Reparado en 1880 y en 1886 ha sido un servidor leal de los intereses para cuyo fomento lo erigieran, á pesar de su edad y del mayor esfuerzo que de él exigía el constante aumento de peso del material de los ferrocarriles norteamericanos.

Esto no obstante, llegó un día en que las reparaciones que en el puente debían hacerse eran de tal magnitud que se consideró mucho más conveniente sustituirlo por otra construcción moderna en forma de puente de arco, que hace poco se ha terminado y que ha sido construído sin que ni por un momento se interrumpiera la circulación de los trenes, detalle que por sí solo constituye un gran triunfo de la ingeniería moderna. El nuevo puente ha sido colocado inmediatamente debajo del antiguo puente colgante, y cuando estuvo concluído, en seguida prestó servicio, circulando por él los trenes sin que sufriera el tráfico, como hemos dicho, la menor interrupción.

El nuevo puente, como el antiguo, es una construcción doble: por la parte superior circula el ferrocarril y por debajo de la vía férrea hay un camino para los carruajes y peatones. La longitud total del puente es de 840 pies.

En cuanto al puente antiguo, ha sido transportado á Lewiston, aldea situada á diez millas río abajo del sitio en que aquél se levantó hasta hace poco. - X.

* * *

EL TELESCOPIO MONSTRUO DE LA EXPOSICIÓN DE 1900

M. Gautier, el célebre constructor parisiense de instrumentos astronómicos, está preparando para la exposición de 1900 un telescopio único en el mundo que se instalará en un *Palacio de la óptica* situado junto á la torre Eiffel y que tendrá 60 metros de longitud y 1'25 de abertura: su coste será de 1.400.000 francos.

Para la instalación de este instrumento presentábase una gran dificultad, la de poner en movimiento un instrumento de 60 metros de longitud; y además ¿qué cúpula gigantesca movable no se necesitaría para instalarlo? Estos problemas han sido felizmente resueltos: el telescopio será inmóvil, estará fijado horizontalmente sobre pilas de mampostería y recibirá la imagen de los astros por medio de un espejo plano móvil de dos metros de diámetro.

M. Vandevyver, que ha tenido la suerte de visitar minuciosamente los talleres de M. Gautier, da en la revista francesa *Ciel et Terre* los más interesantes detalles acerca de la construcción de este telescopio.

La montura del instrumento comprende 24 gruesos tubos de acero de 2'50 metros de longitud y 1'50 de diámetro: en el mismo local se ve una parte de la montura del espejo que, una vez terminado, tendrá 10 metros de altura. La parte movable del siderostato habrá de sostener un peso de 14.000 kilogramos.

Todas las piezas de este sustentáculo han sido fabricadas con un cuidado y una exactitud tales que bien puede decirse que son perfectas en cuanto cabe. En la actualidad se termina en el taller de pulimentación el trabajo del espejo, cuyas dimensiones son dos metros de diámetro y 0'30 de espesor y cuyo peso es de 3.000 kilogramos. El director de la fábrica de cristal de Saint-Gobain, á quien se quiso encomendar la ejecución de esta pieza, no quiso aceptar el compromiso de realizar un trabajo tan inusitado y tan difícil, á consecuencia de lo cual iba á ser abandonado el proyecto, cuando M. Despret, director de la fábrica de Jeumont, brindóse á intentar este *tour de force*. Para obtener un disco se fundieron doce, once de los cuales resultaron defectuosos, habiendo salido bien únicamente el primero.

M. Gautier, á fin de lograr un bruñido y un pulimentado perfectos, ha querido que todo el trabajo se hiciera mecánicamente. Sin entrar en detalles acerca del montaje, diremos que el espejo está sostenido por una plancha de acero móvil y que encima de él hay una acopladura, también móvil, de 1'20 de diámetro. El pulimento se verifica por medio de un movimiento de transmisión que hace girar regularmente el espejo al paso que la acopladura realiza un movimiento rectilíneo de vaivén. La acopladura no toca al espejo, pues lo que obra sobre el cristal es una mezcla de agua y esmeril. A medida que el espejo se aplanaba, se emplea un esmeril más fino y se aproxima la acopladura á la superficie del espejo. Cuando M. Vandevyver visitó los talleres de M. Gautier, la distancia entre las dos superficies no era más que de un cincuentavo de milímetro: hacía entonces siete meses que el espejo giraba aplanándose cada vez más y aún no estaba concluído el trabajo. Los defectos que el espejo pueda presentar en su superficie son examinados todos los días por un método tan preciso que se puede apreciar el mínimo de dilatación producida por la aproximación de la mano. Cuando el espejo es enteramente plano se le pule durante un mes en seco con trípoli de Venecia. Una vez terminados el bruñido y el pulimento, el espejo será plateado.

Los objetivos se trabajan también mecánicamente, y los trabajos necesarios para su terminación son de una lentitud y de una dificultad extraordinarias, corriéndose á cada momento el peligro de que todo se eche á perder: cada uno de los dos *flints* pesa 360 kilogramos y cuesta 75.000 francos, y los *crowns* pesan 220. Todos estos discos, cuando estén terminados, valdrán 600.000 francos. El telescopio tendrá dos objetivos, uno fotográfico y otro visual, que podrán cambiarse á voluntad por medio de pequeñas carretillas. El aumento que con este aparato se obtendrá será de 6.000 y podrá llegar, según parece, excepcionalmente hasta 10.000, cifra extraordinaria si se tiene en cuenta que los mayores aumentos hasta ahora conseguidos son de 4.000.

El futuro destino de este instrumento maravilloso no es conocido todavía. Los resultados que de él se esperan dejan muy atrás todos los que hasta el presente se han conseguido; pues, según M. Vandevyver, á la distancia de la tierra á la luna podrían seguirse las evoluciones de un cuerpo de ejército y los movimientos de un gran transatlántico.

El telescopio de M. Gautier abrirá una nueva era en la historia de la astronomía, si, como es de esperar, la obra emprendida tiene el éxito que merece para el mayor provecho de la ciencia.

L. BARRÉ

* * *

LA DESINFECCIÓN PÚBLICA EN PARÍS

Desde el año 1889, en que se creó el servicio de la desinfección pública en París, las operaciones por ésta realizadas presentan un desarrollo muy notable, que prueba que han sido bien comprendidas y exactamente apreciadas por la población de aquella capital.

El número de esas operaciones que en 1891 apenas llegaba á 4.000, ascendió bruscamente á 18.000 en 1892 y á 32.000 en 1893, con ocasión de la pequeña

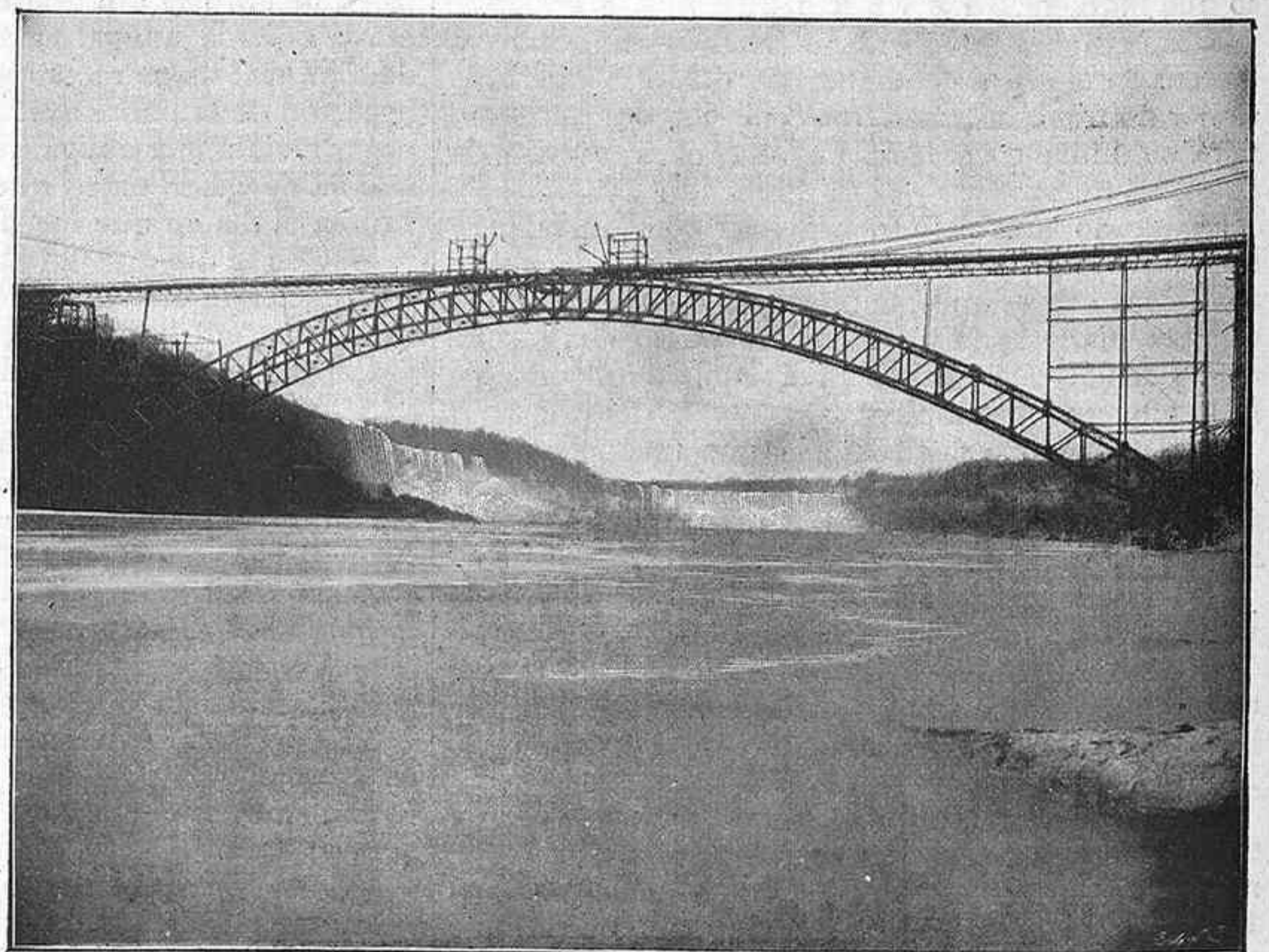


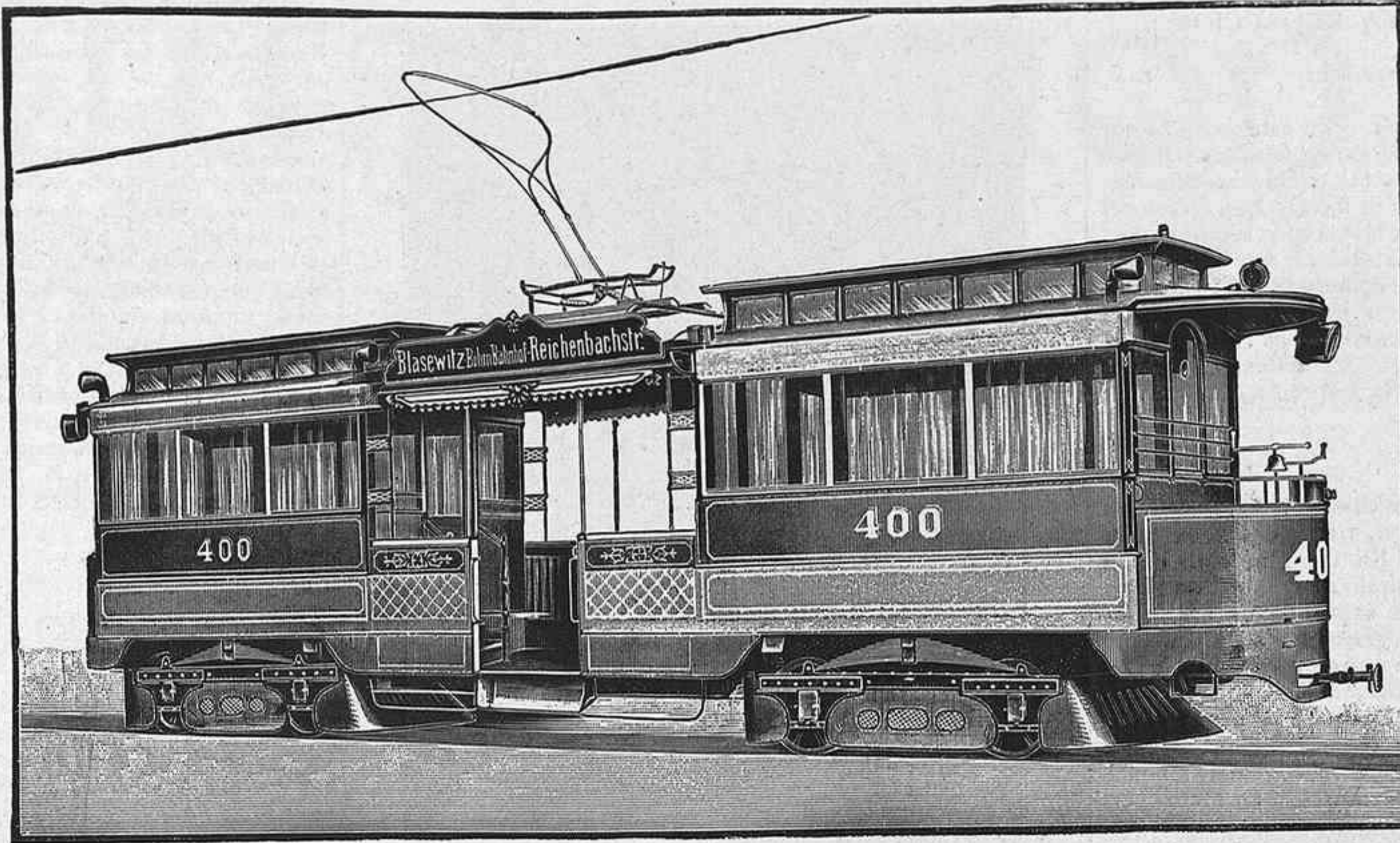
Fig. 2. - El nuevo puente sobre el Niágara.
El arco del puente nuevo completamente terminado

epidemia cólica que en aquel año se desarrolló en los alrededores de París. Actualmente el número de desinfecciones mántiéndose cada año en la cifra de 36.000 aproximadamente, y á juzgar por los resultados del primer semestre de 1898 este año pasará de 38.000.

El mayor número de desinfecciones que se solicitan son para la tuberculosis (10.194 en 1897), lo cual no es extraño, dada la frecuencia con que se presenta esta enfermedad: siguen luego la escarlatina, la difteria, la fiebre tifoidea y el sarampión.

Los beneficios que este servicio reporta son evidentes; pues, á excepción de la tuberculosis, el número defunciones por enfermedades transmisibles, que fué de 4.473 por término medio anual en 1887 á 1891, ha descendido progresivamente hasta 1696 en 1897, ó sea desde la alarmante proporción de 32'5 por 100.000 habitantes á 11'1.

Seguramente que este resultado no se debe únicamente á la desinfección: la vacuna, el aislamiento, el saneamiento de las ciudades, de las casas y de las cloacas, las mejoras introducidas en el servicio del agua, el empleo de los sueros terapéuticos, etcétera, han contribuído á ello; pero no puede negarse que en el beneficio conseguido tiene una importante parte la práctica más extensa y rigurosa de la desinfección pública.



Nueva forma de coches para tranvías eléctricos

de nuevo modelo que para su servicio ha puesto en circulación la Compañía de Tranvías de Dresde. La novedad consiste en la supresión de las plataformas actuales por otras más reducidas destinadas exclusivamente al conductor y al cobrador, y en la adición de un departamento central, á modo de plataforma cubierta y con asientos, por el que se sube al coche y que pone en comunicación los dos departamentos cerrados. De este modo los pasajeros que quieran fumar sin molestar á nadie ó distraerse con el movimiento callejero, pueden hacerlo sin

horizontal del monte Charchani produjo una espesa columna de humo que se elevó hasta unos 4.200 metros sobre el nivel del mar. La atmósfera estaba muy tranquila y muy clara, y á 1.000 metros sobre el humo vióse cómo se formaban y desaparecían sucesivamente algunos ligeros cúmulos, pudiendo contarse durante media hora ocho nubecillas de estas, la última de las cuales se dispó en cuanto se hubo extinguido el fuego.

Esta formación se debió al vapor de agua, que es uno de los gases constitutivos del humo.

necesidad de sufrir las molestias que proporcionan las plataformas actuales, en las que se va poco menos que á la intemperie. Estos nuevos coches tienen además la ventaja de que los conductores van solos y no pueden por consiguiente distraerse enredándose en conversaciones con los pasajeros, que á veces son causa de accidentes desagradados.

NUBES ARTIFICIALES

M. C. de Ward ha descrito en la *Weather Review* una interesante formación de pequeños cúmulos que ha notado en el Observatorio de Arequipa (Perú). Una gran fogata de malezas situadas á 24 kilómetros del flanco

NUEVA FORMA DE COCHES PARA TRANVÍAS ELÉCTRICOS

La importancia que han llegado á adquirir los tranvías eléctricos y la circunstancia de estarse realizando la instalación de este nuevo sistema de tracción en nuestra capital, nos mueven á publicar el adjunto grabado que reproduce uno de los coches

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S'-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Especiones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

FA. BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PILDORAS y JARABE de BLANCARD

con Ioduro de Hierro inalterable CONTRA la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.

Exigir el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en Paris.
Precio: PILDORAS. 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE. 3 fr.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosés nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

HEMOSTÁTICO el mas PÓDEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CEREBRINA REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS, NEURALGIAS

Suprime los Cólicos periódicos

E. FOURNIER Farm^o. 114, Rue de Provence, en PARIS
MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
Desconfiar de las Imitaciones.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal
Prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES

Acritud de la Sangre, Herpetismo, Aca y Dermatitis.

CH. FAVROT y C^{ia}, Farmaceuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

El Mismo con IODURO DE POTASIO
Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este Medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculósis.
Folleto según los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.

VINO AROUD

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.

DOS FÓRMULAS I

I — CARNE - QUINA
En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles ó Influenza.

II — CARNE-QUINA-HIERRO
En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebras de las colonias y Malaria.

Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito ó igualmente muy recomendadas por el mundo medical.

CH. FAVROT y C^{ia}, Farmaceuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

LUGAREÑAS, por Carlos A. Imendia. - En este tomo ha coleccionado el distinguido poeta salvadoreño todas sus poesias, incluso las que escribiera siendo niño, tal como entonces fueron escritas, sin alteración alguna en su forma. Los versos del Sr. Imendia son expresión de los más levantados sentimientos: en ellos canta el amor á Dios, á la naturaleza, á la familia y á la patria, y ora dulce, ora enérgico, consagra sus inspirados acentos á ensalzar ideales nobilísimos. Contiene también el libro varias composiciones satíricas, en las cuales fustiga el autor con acerbos conceptos algunos vicios sociales. Lugareñas ha sido impreso en San Salvador, en la Imprenta Nacional.

EXTRACTO DEL REGLAMENTO GENERAL Y RESUMEN DE LA CLASIFICACIÓN DE PRODUCTOS DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1900. - En cumplimiento de la Real orden del Ministerio de Fomento de 21 de abril de 1897, la Comisión general permanente de exposiciones acaba de publicar el extracto del Reglamento general y resumen de la Clasificación de productos que han de regir en la próxima Exposición Universal de París. El trabajo por dicha comisión realizado es digno de elogio, pues facilita en gran manera el conocimiento de cuantos datos puedan necesitar los artistas, agricultores é industriales españoles que quieran concurrir á aquel grandioso certamen. El folleto ha sido impreso en Madrid en la imprenta de Ricardo Rojas.

LAS POTENCIAS Y MÉXICO, por J. de la Hermita. - Folleto en que se recuerdan á los mexicanos los agravios que tienen recibidos de Inglaterra y de los Estados Unidos y se les señalan las fuerzas con que cuentan para tomar de ellos cumplida venganza.



LA SOLEDAD, escultura de Rafael Atché

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES. - La Dirección general de la Estadística municipal de Buenos Aires ha publicado este Anuario, correspondiente al año 1897, séptimo año de esta publicación. Forma el libro un tomo de 321 páginas y en él se encuentran cuantos datos puedan desearse acerca de las importantes materias siguientes: observaciones climatológicas é higiénicas, crecimiento de la población, demografía, alimentación pública, locomoción, movimiento económico, comercio especial exterior de la ciudad, correos, telégrafos y teléfonos, asistencia pública, movimiento criminal, movimiento carcelario, instrucción pública, diversiones y juegos, obras de salubridad, alumbrado público y particular, limpieza pública y hacienda. Por la minuciosidad con que está tratada cada una de estas materias, por lo completo de los datos relativos á todas y cada una de ellas, por el método y por la claridad con que todo está expuesto, el Anuario puede señalarse como modelo de publicaciones de su género, mereciendo incondicionales elogios los Sres. Intendente municipal y Director de la Estadística municipal D. Francisco Alcobendas y D. Alberto B. Martínez.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

El Río de la Plata, semanario ilustrado de Buenos Aires, órgano de la Asociación Patriótica Española; Spanien, revista escrita en alemán que publica en Madrid la Sociedad Poliglota; Boletín de la Sociedad Nacional de Minería, revista minera de Lima; Theatralia, revista quincenal ilustrada de teatros que se publica escrita en italiano en Buenos Aires; Boletín del Instituto Americano de Adrogue, publicación mensual, órgano del referido instituto de Adrogue (República Argentina); El Monitor de las Exposiciones, edición española del «Moniteur des Expositions», órgano de la Exposición Universal de París de 1900; Revista Contemporánea, revista quincenal madrileña de Ciencias, Letras, Ingeniería y Arte militar; Boletín de la Comisión Provincial de monumentos históricos de Orense; El eco de Yapeyu, periódico argentino.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 + LAS DE APÍOL DE LOS D^{ES} JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS EVITAN DOLORES, RETARDOS DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPÉ ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES EL PAPÉ O LOS CIGARROS DE BIR BARRAL DISPONEN CASI INSTANTANEAMENTE LOS ACCESOS DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUROUZE-ALBESPEYRES 78, Faub. Saint-Denis PARIS y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS Y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^R FRANK Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO Pepsina Boudault Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D^R CORVISART, EN 1856 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1887 1872 1873 1876 1878 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION BAJO LA FORMA DE ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO. de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París. Depósito en todas las Farmacias PARIS, 31, Rue de Seine.

PUREZA DEL CUTIS en París LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES. Pone y conserva el cutis limpio y terso

Agua Léchelle HEMOSTÁTICA. - Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD En Polvos y Cigarrillos Alivia y cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION ASMA y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias. 25 años de éxito. Med. Oro y Plata J. FERRÉ y C^{IA}, N^o 102, B. Richelieu, París.

PANCREATINA DEFRESNE PILDORAS DIGESTIVO el más poderoso el más completo Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los feculentos. La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión. En todas las buenas Farmacias de España.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO de BRIANT Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

Las Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.